



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MIKKY ROBERTS

BELLEZA PARA MORIR

MIKKY ROBERTS

Belleza para morir

1.^a EDICIÓN
DICIEMBRE 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 13404-1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1960

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960**

N. R. 5186/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

496.— Por una estrella de *sheriff*. 554.— Un revólver de oro. 623.— Trece muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

401.— Los muertos no se quejan. 416.— Reportaje especial. 435.— Negocio en quiebra.

En Colección BUFALO:

272.— Un par de revólveres. 293.— Soplo de muerte. 296.— Plomo anónimo.

En Colección CALIFORNIA:

174.— El precio de una bala. 193.— Furia de héroes. 204.— El camino del oro.

En Colección TEXAS:

185.— Puño de hierro. 228.— Sangre caliente. 233.— Manos de pistolero.

En Colección COLORADO:

93.— Mi medicina es el «Colt». 107.— Río Diablo. 129.— Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

102.— Juez Tumba. 117.— La dama del tren. 126.— Juegos sangrientos.

BELLEZA PARA MORIR

por
Micky Roberts



CAPÍTULO PRIMERO

Will Dolan alzó su vaso de *whisky* y, a través del cristal, miró a Inge Stenersen. El vidrio aumentó hasta límites jamás soñados el encanto de aquella figura rubia y perezosa que sorbía un combinado, mientras escuchaba el disco elegido, que sonaba en la gramola automática:

Es Mustafá, es Mustafá...

El disco terminaba con un aire oriental y exótico que iba muy bien en el ambiente cosmopolita del hotel Mediterráneo, de Beyruth, la capital del Líbano.

Inge desplegó las piernas, dejando a la vista unas rodillas suaves, jamás mancilladas por oficios serviles. Los prodigiosos dieciocho años de la muchacha quedaron en pie, y Will Dolan pudo apreciarla en toda su extensión.

Lánguida, balanceándose sobre los altos tacones, se llegó hasta la gramola y metió una moneda en la ranura. Luego se inclinó, volviendo hacia Dolan su dorso en violento escorzo, y pulsó una tecla.

Un disco micro se deslizó hasta el plato y la melodía de inspiración árabe volvió a escucharse en aquella parte del bar:

Pero yo pretendo más de mía mujer, porque lo que quiero es montar un harén...

La rubia dio media vuelta para regresar a su mesa, y sus ojos se cruzaron con los de Will.

Tenía una mirada azul y misteriosa, aparentemente mansa como los fiordos de su tierra nórdica, pero igualmente peligrosos. La boca no conocía lo que era el carmín, y sin embargo, por su trazo, se advertía que apreciaba el placer de besar.

Se irguió un poco más al saberse observada, y su busto, bajo el niky negro, se alzó bravamente. El tejido silueteaba su figura grácil y bella, un poco grande como correspondía a su origen, pero

primorosa. La falda igualmente negra, apenas la permitía caminar y sus largas piernas se movían con rítmica seguridad hacia la mesa.

Volvió ella el rostro y se sentó, cruzando las piernas. La piel dorada brilló bajo la falda, y los labios golosos buscaron la caricia fresca del combinado.

Will sacó una agenda del bolsillo, en cuya tapa se leía en letras doradas:

«Candidatas para el Concurso “Miss Mundo”»

Beyruth
El Líbano

Cada hoja contenía una fotografía y los datos personales de las candidatas.

Buscó la representante de Noruega, y leyó:

Inge Sienerssn, 18 años, rubia platino natural.

Nacida en Trondheim Estudia Medicina en Oslo.

Había más dates, pero resultaba mucho más interesante contemplarla que leer lo que a ella hacía referencia.

En verdad que era una candidata espléndida al título de «Miss Mundo». No conocía aún a la totalidad de las aspirantes, pero podía asegurar que Inge sobrepasaba en mucho a la mayoría.

La muchacha se removió inquieta por la insistente mirada de Will. En la gramola sonaba el disco exótico que llenaba de insinuaciones orientales aquel ángulo del bar más occidental de Beyruth.

Estaban ellos dos solos, y un barman tras el mostrador. La mañana se presentaba cálida, pero el aire acondicionado solucionaba problemas de temperatura. Las aspirantes al título habían llegado la noche anterior directamente de París en un avión especial, y desde aquel momento habían desaparecido en sus habitaciones para reponerse del cansancio del viaje. Ninguna había querido recibir a los periodistas ni a los fotógrafos por temor a no salir favorecidas en las fotos tras el largo viaje.

La única que parecía despreciar el efecto reparador del sueño y la bienhechora influencia de prolongados tratamientos de cosmética era Inge Stenersen, una diosa rubia y fría.

En el arco que comunicaba el *hall* con el bar apareció un árabe

vertido con traje europeo, de impecable tergal blanco, que se tocaba con un feo rojo. El rostro cobrizo hacía un curioso contraste con la blanquísima camisa. El árabe se detuvo un instante, inclinó levemente la cabeza como si escuchase la melodía de la gramola, y se encaminó recto hacia Inge.

La muchacha no lo vio hasta tenerlo casi encima, y sorprendida alzó la cabeza. El árabe dijo algo rápidamente en voz baja, y acto seguido salió del bar con la misma celeridad con que había entrado.

Inge descruzó las piernas, perpleja, y sus cejas se contrajeron un instante, en gesto de sorpresa.

El disco finalizaba y ella volvió a incorporarse para depositar otra moneda. Su índice, de larga uña sin esmaltar, fue a pulsar la tecla correspondiente al disco que acababa de escuchar, pero otra mano morena y fuerte se lo impidió.

La muchacha giró extrañada para responder adecuadamente al atrevimiento de quien la molestaba, pero sus ojos tropezaron con el rostro sonriente y atezado de Will Dolan.

—Otra vez, no, por favor —pidió éste con desenvoltura—. Es una melodía bonita, muy propia del país en que estamos, pero la hemos escuchado tres veces seguidas. ¿O cuatro?

Los ojos femeninos permanecieron fríos e inexpresivos. Su rostro no se alteró lo más mínimo, y los labios se entreabrieron para decir:

—La gramola es pública y la moneda era mía.

Will no pareció hacer mucho caso y repasó la lista de títulos rápidamente, pulsando al final una tecla. Un disco de Louis Armstrong quedó sobre el plato y la aguja de zafiro buscó la primera estría.

—En compensación la invitaré a un combinado, señorita Stenersen. Me llamo Will Dolan y soy el delegado americano en el Concurso. Gusto en conocerla.

Estrechó su mano, larga y tibia, y la ayudó a sentarse en la silla.

—Llevo observándola desde hace varios minutos, como usted sabe, y debo confesar que la encuentro bonita, más aún, muy bonita. Mucho más que la representante americana, Corine Robinson... Pero no lo diga a nadie: me vería metido en un lío.

Inge acarició la superficie del vaso, lentamente.

—¿Siempre son tan impulsivos los americanos?

—América es tan grande como toda Europa y hay muchas clases

de personas. ¿Todas las noruegas son tan hermosas como usted?

—Señor Dolan, creo que haría mucho mejor en atender a su representada, la señorita Robinson.

—Ella no necesita de mí.

—Tampoco yo de usted.

Will movió la cabeza compungido.

—No es mi día Sin embargo, puede estar segura de que soy una persona honorable y que...

—Cuando decidí inscribirme en el Concurso —le cortó Inge, rápidamente—, sabía lo que me esperaba: galanteos, asedios de donjuanes internacionales, propuestas equívocas... Los concursos de belleza suelen ser ocasión de numerosos «*affaires*» sentimentales, pues los organizadores son personas adineradas, muy bien situados en el campo del cine o de las modas, que están dispuestos a ofrecer oportunidades a las chicas que saben lo que les conviene. Pero a mí sólo me interesa mi carrera de Medicina, y ninguno de los galanteadores que rondan el Concurso puede ayudarme a estudiar. Buenos días.

Se incorporó, majestuosa, y desapareció con paso vivo, fuera del bar.

Will la siguió con la mirada, diciéndose que era la chica más temperamental que había conocido. La mujer nórdica madura mucho antes por razón del clima y de la alimentación; pero Inge era un prodigio.

Dolan dejó un billete sobre la mesa y salió también del bar.

Inge cruzaba en aquel instante la puerta del hotel, y él fue tras ella.

Bajo el brillante sol, la muchacha caminó por la acera buscando un taxi, que no tardó en encontrar. El vehículo, brillante y lujoso, denunciando su marca americana, se detuvo junto al bordillo y la joven se introdujo en él.

Will, con las manos en los bolsillos, contempló cómo el taxi se alejaba a gran velocidad. Pensó seguirla, pero se dijo que no valía la pena porque volvería a verla una hora después en la conferencia de Prensa convocada para el mediodía, en la piscina del hotel.

Silbando, retornó a la amable atmósfera del hotel Mediterráneo. Cruzó el vestíbulo y echó una ojeada al bar para ver si había bajado alguna de las *misses* nacionales.

Quedó parado en la puerta.

La gramola hacía sonar, una vez más, aquella pegadiza canción nacida del folklore árabe:

Mustafá, es Mustafá...

Lo había puesto la propietaria de aquellas piernas largas y espléndidas que se veían detrás del mueble del aparato. La falda debía ser muy corta porque las rodillas estaban a la vista, y la propietaria de todo aquello llevaba el compás con las piernas, estirando mucho uno de los empeines, en escorzo sensual.

Rodeó Will la gramola para identificar a la que gustaba de las aventuras de Mustafá.

Era otra rubia nórdica.

Sonia Vicklund no estaba hecha de hielo. En todo caso, la nieve sólo ocultaba la boca de un volcán en constante erupción. Mentalmente recorrió la hoja de la Agenda en la que figuraban los datos personales de «Miss Suecia», con diecinueve años de experiencia mundana, aprendida en París, donde había vivido los tres últimos años como modelo.

—¡Will Dolan, querido! ¡Usted por aquí!

La voz era cálida, aprendida en cualquiera de los antros del Faubourg Saint Germaine.

Tendió ella ambas manos, que Will se apresuró a estrechar.

—¿A qué va a invitarme? —rió ella, sin dejar de balancear su pie calzado con sandalias de tiras doradas.

—Estoy dispuesto a satisfacer el menor de sus caprichos.

—¡Qué poco galante! Un capricho pequeño no tiene importancia; debió haber dicho que me complacería en mis mayores deseos...

Will hizo una seña al camarero libanés y éste acudió, deteniéndose con una reverencia.

—Tomaré algo suave: una ginebra —decidió.

—¿Con seltz?

—Si lo deseara hubiera pedido seltz con ginebra...

Will rió mientras se alejaba el camarero.

—Tiene usted una curiosa manera de clasificar las bebidas, Soma. ¿Según usted, la ginebra es suave?

La muchacha le palmeó la mano.

—Oh, qué inocente es usted. Veo que no sabe lo que es la vida.

¿De verdad necesita que yo le enseñe a beber?

Y se inclinó sobre él, tentadora. La blusa de amplio escote rozó el brazo del muchacho, y una suave fragancia envolvió a Will.

El disco finalizó y Sonia saltó rápida para hacerlo sonar de nuevo.

—Oiga, Sonia, ¿es preciso oírlo otra vez?

—Naturalmente.

—¿Tanto le gusta?

Ella parpadeó.

—¿Cómo dice? Ah, sí, claro. Es bonito.

—No digo que no, pero ¡lo he escuchado tantas veces esta mañana!

Mustafá, es Mustafá...

Monótonamente, el zafiro sacaba los mismos sonidos al disco.

—¿Quiere decir que alguien ha estado haciendo funcionar la gramola antes de venir yo?

—Su amiga Inge anduvo pulsando la misma tecla hasta que se lo impedí.

—¿Inge Stenersen?

—La misma. Se enfadó conmigo, y todavía no sé por qué.

Soma estaba tensa, y su busto se agitaba por una respiración anhelosa.

—¿No vino nadie a impedir que siguiese tocando el mismo disco?

—¿Impedir? Oh, no. La gramola es libre, aunque...

—Siga, por favor.

—De pronto apareció Mustafá en persona; quiero decir, un árabe con fez rojo y traje blanquísimo. Debió darle algún recado a Inge, pero... ¡espere! ¿A dónde va?

Soma había saltado de la silla y corría a la salida ágilmente, sin preocuparse de la compostura de su blusa ni del revuelo de la falda que mostraba sus piernas rectas.

En la gramola se repetía la melopea árabe, misteriosa y sensual.

... quiero montar un harén...

Will chasqueó la lengua y apretó un pulsador, dando fin a la canción.

—Condenada música —renegó.

El camarero volvía con una botella de ginebra para servir a

Sonia.

—Creo que no debes molestarte en servir esa copa, muchacho. La señorita parecía tener prisa —y metió un billete entre los dedos del libanés.

Éste sonrió y se inclinó ceremonioso, dando media vuelta.

—Espera... Hay algo que me gustaría saber.

El camarero arqueó las cejas, y Will sacó otro billete, este de cinco dólares.

—¿Conoces al árabe del fez rojo que dio un recado a la señorita rubia, vestida de negro? Ya sabes a la que me refiero, ¿no? A la que estuvo antes...

El libanés mantuvo impasible su semblante.

—¿Qué me respondes?

—No sé cómo se llama.

—Pero lo conoces.

—Lo he visto alguna vez.

—¿Dónde?

—En la sala de juego del hotel.

—¿Trabaja aquí?

—No.

—¿Dónde podría encontrarlo? —El billete de cinco dólares pasó al bolsillo Superior de la blanca chaquetilla que vestía el camarero.

—En la mesa de ruleta suele estar algunas veces.

—¿Y su domicilio?

Negó el libanés y Will hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, gracias.

Con las manos en los bolsillos se dirigió a la salida. El camarero depositó la botella en el anaquel, y cuando comprobó que Will había salido, se precipitó al teléfono rojo situado en un extremo del mostrador. Con rápidos movimientos marcó un número y cuando le contestaron al otro lado, preguntó:

—¿Mustafá?

La piscina del hotel Mediterráneo estaba repleta de público.

Cuando Will apareció en ella, vio a no menos de veinte fotógrafos que se empujaban mutuamente para fotografiar en las más sugestivas poses a las treinta aspirantes al título de «Miss Mundo». Todas ellas estaban en traje de baño, de reducidísimas dimensiones, y reían con facilidad.

Había comenzado el programa de actos por una cena de gala en la que desfilaban las concursantes ante el Jurado que habría de emitir el fallo.

En torno a las distintas *misses* nacionales pululaban los delegados de los países participantes, los organizadores y los miembros del Jurado. Sin necesidad de esforzarse, eran estos últimos los que recibían las más delicadas atenciones de las candidatas al preciado título.

Will echó una ojeada a la bulliciosa reunión buscando a su representada, Corine Robinson. La encontró ajustando el lazo al presidente del Jurado, un magnate del petróleo llamado Aristarkos, grueso y pequeño, con una indefinible aureola repugnante.

Corine era una chica tipo Hollywood, standard y sin personalidad. Will lo había visto el primer día que la conoció. Ella había aprendido a leer en las revistas de eme, y desde niña soñaba figurar algún día en ellas. Un ridículo aire de vampiresa presidía todos sus actos. Tenía un espléndido tipo, eso era cierto, pero le faltaba un algo personal. Al hablar, movía la boca como Marilyn Monroe, y entornaba los ojos a lo Rosalind Russell. Cuando caminaba, ponía en juego todos los músculos de su cuerpo, en un movimiento giratorio que atraía las miradas de los hombres, tal y como lo hacía Jane Mansfield Y, en fin, decía las mismas vaciedades que todas las «stars» de Hollywood.

Dolan carraspeó al llegar junto a la pareja.

—Veo que sabes desenvolverte sin mis consejos, nena.

Gorme le miró desdeñosamente.

—¿No me ves ocupada, Will?

Aristarkos dejó de sonreír a «Miss Estados Unidos» y saludó a Dolan.

—Han traído ustedes una chica que va a llevarse el Premio, amigo.

La conversación no pudo proseguir porque un torbellino moreno, amulatado, con un dos piezas lila se precipitó sobre ellos. Era Mara Soares, «Miss Brasil», perseguida por tres fotógrafos.

—¡Una foto con «Miss Brasil», señor Aristarkos! —pidió uno de los fotógrafos.

Mara Soares enlazó al presidente y sonrió a las cámaras.

Corine se revolvió hacia Will.

—¿Ves lo que has hecho? ¡No has podido venir en momento más inoportuno!

—¿Era tan importante lo que tratabais, nena?

—¡Oh, sí! Tú sabes que Aristarkos es el presidente y que su voto vale por el de todos los demás.

—¿Y qué?

—¡Oh! ¿Eres estúpido, Will Dolan? ¡He venido hasta aquí para llevarme el título! ¡Tú sabes cuánto lo ambiciono!

—Demasiado para tu propia conveniencia, sí.

—¿Otra vez vas a empezar con tus sermones? Sólo hay una cosa en este mundo que me interese: el título de «Miss Mundo» y estoy dispuesta a todo para conseguirlo. Y ahora, lárgate Espantas todas mis posibilidades. ¡Bonito delegado me han mandado! Otro en tu lugar estaría trabajando mi candidatura. ¿No ves cómo lo hacen los otros?

Corine se alejó apartando de su rostro la mueca irritada para tornarla sonriente. En un momento se encontró en el centro de un grupo de periodistas, desplazando a la representante de Corea, que estaba con ellos.

Will cogió al vuelo una copa de cóctel de champaña de la bandeja que un camarero ofrecía a los reunidos, y bebió un sorbo. Estaba cargado y muy frío: dos cualidades excelentes.

A su alrededor la gente chillaba y hablaba a gritos, en varios idiomas. Los hombres corrían detrás de las distintas candidatas y éstas jugaban a la más excitante de las diversiones.

De pronto sintió asco por todo aquello, por aquel mundano y sucio juego que ocultaba infamias.

Se retiró del borde de la piscina y se encaminó a un emparrado.

En una hamaca, lánguida como un felino, Sonia Vicklund parecía dormitar con un vaso en su diestra.

Era del tamaño de los de agua, pero Will sabía que contenía ginebra casi hasta el borde.

—¿No ofrece su papel en el mercado, Sonia? —preguntó él, con intención.

La muchacha hizo una mueca.

—Pueras —dijo tan solo.

Dolan consumió su cóctel y dejó la copa en un velador.

—Lo normal es fotografiarse en estos momentos. Si no lo hace y

no se da a conocer, no tendrá ninguna probabilidad en el último momento.

Soma apenas se movió.

—Veo que Corine Robinson ha aprendido bien la lección de usted.

Will se sintió molesto.

—Ella nació sabiendo. ¿Qué le ocurre a usted? Antes salió huyendo como llevada por el diablo, y ahora parece decidida a autoeliminarse a base de ginebra.

Sonia pareció recordar el vaso que tenía en la mano y se lo llevó a los labios, bebiendo un largo trago, sin respirar, como si fuera limonada.

—Quizá esto acabe de ponerme a tono.

—¿Algún problema?

—Déjeme.

Will se incorporó, ajustándose la corbata.

—Lo siento.

Examinó el resto del emparrado, pero no había nadie más en las hamacas, y no había visto a Inge en la piscina.

Se arrugó su frente. No era posible que faltase ella, precisamente en la presentación oficial de aspirantes al título.

Sorteando los grupos de muchachas, periodistas y delegados, buscó a Birger Hagen, el delegado de las naciones nórdicas. Birger Hagen era un noruego de afilado perfil, cabello rubio y tez pálida, con un impreciso aire deportivo. Era el único representante de las candidatas de Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca.

Lo encontró en amable charla con Mara Soares, la brasileña. Ella estaba pegada a una de las escalerillas de la piscina, y Hagen parecía a punto de besarla.

Will sacó un cigarrillo y lo encendió, expeliendo una columna de humo. Aquello llamó la atención a la pareja.

Hagen, levemente rojas las mejillas, lanzó una fulmínea mirada a Dolan.

—Perdón —sonrió éste—. Voy buscando a una de sus representadas, Hagen. Se trata de la noruega, de Inge Stenersen. ¿Dónde está?

—¿Y a mí qué diablos me pregunta?

—Usted es...

—No sé dónde está. Lárguese.

A Will no le gustó el tono de voz.

—Oiga, vikingo, estoy dispuesto a enseñarle educación, si lo precisa.

Mara Soares hinchó el busto ante la perspectiva de una pelea.

—Échalo de aquí, querido.

Birger Hagen dispuso los puños y soltó una maldición alusiva a los antepasados de Will.

—Va a lamentar esta intromisión... —Silbó.

Se precipitó sobre el muchacho, creyéndole presa fácil; pero Will jugó la cintura para esquivar el puñetazo a la barbilla y, acto seguido, lanzó un terrible trallazo a la nariz del delegado noruego, que aulló, retrocediendo como impulsado por un cañón.

Sus pies se mantuvieron, en precario equilibrio sobre el borde de la piscina y luego cayó hacia atrás en el agua.

El incidente había sido tan rápido que nadie lo advirtió. Hagen, en el agua, agitó afanosamente los brazos para mantenerse a flote mientras una aureola roja rodeaba su cabeza por la sangre que le manaba de la nariz.

—¡Hagen se ha caído a la piscina y se ha lastimado la nariz! —avisó alguien.

Y varios voluntarios se arrojaron al agua para ayudar al delegado noruego.



El tabernero gritó...

Mara Soares hizo rodar sus caderas, aproximándose a Will.

—Bravo —dijo, pronunciando mucho la erre.

Birger Hagen era sacado de la piscina como un pollo remojado, casi inconsciente.

—¿No le interesa su campeón? —preguntó, señalando hacia el

grupo con la barbilla.

La brasileña aseguró:

—El campeón es usted.

Estaba tan próxima que era una lástima no hacer lo que ella esperaba. Suavemente la tomó de la cintura, sintiendo cálida la piel bajo los dedos, y la besó en los labios.

Mara cerró los ojos, aspirando la caricia con deleite.

—Qué lástima que no seas miembro del Jurado —susurró ella luego, todavía entrecerrados los ojos, palpitándole las pestañas.

Will retrocedió un paso. Aquella brasileña ardía por los cuatro costados y él no deseaba quemarse.

—¿No has visto a Inge? —preguntó él.

Mara volvió en sí.

—¿Quién piensa en ella?

—Necesito verla.

—¿Ah, sí? Búscala.

Rabiosa le volvió la espalda. Parecía inverosímil que la tela lila contuviese su cuerpo.

Will se marchó de allí pensando que quizá encontrara a Inge en su habitación. Al pasar por el emparrado miró hacia la hamaca de Soma, pero la sueca no se encontraba allí, ni tampoco en la piscina.

En la conserjería del hotel pidió comunicación telefónica con la habitación de la representante noruega, pero el intento resultó infructuoso.

—No responde nadie, señor.

Will se despidió, tras enterarse del número de la habitación de la muchacha, y fingió subir a la suya propia, situada en un piso superior.

Una vez desaparecido el ascensor, bajó por la escalera sin que nadie le viese, y en el corredor correspondiente a la «suite» de Inge apresuró el paso.

Ésta se encontraba en un recodo del pasillo.

Miró en torno; al parecer nadie podía verle y pulsó el tirador, haciéndolo girar.

Cedió la puerta y entró.

Lo hizo tan sigilosamente que la rubia no se enteró.

Estaba vuelta de espaldas, revolviendo en un equipaje de piel de cerdo con entusiasmo.

—No esperaba encontrarla aquí.

La súbita voz sobresaltó a Sonia Vicklund, que se volvió precipitadamente. Sus ojos grises relampaguearon y toda ella tembló.

—¿Qué hace usted en mi habitación?

Dolan chasqueó los labios.

—Un momento, pequeña. Dejemos una cosa bien sentada: ésta no es tu habitación —la tuteó deliberadamente para hacerla notar su superioridad—. Pertenece a Inge Stenersen, como sabes muy bien, porque has aprovechado su ausencia para entrar en ella subrepticamente. ¿Eres acaso ladrona de hoteles?

Sonia pronunció una palabra, un insulto complicado que no era posible imaginar que ella supiera pronunciarlo.

Will se le acercó.

—Una temporada en la cárcel no te vendrá mal, pequeña. Detesto a la gente como tú.

Fue al teléfono para marcar un número, pero ella se le echó encima, forcejeando para hacerle dejar el microrreceptor en su horquilla.

—¡No avise a nadie! —pidió.

Un perfume fino y personal emanaba de su cuerpo de modelo.

Will obedeció sin apartar sus ojos de los de la mujer.

—¿Cómo vas a compensarme?

Sonrió ella con mueca despectiva.

—Imagino el procedimiento.

Dolan no se conmovió.

—Mírame bien, muchacha. ¿Qué ves?

No fue remisa en decirlo:

—Un tipo engreído, de unos treinta años, que se cree amo del mundo.

—¿Y qué más?

—Moreno, ojos oscuros, boca recta, cutis bronceado y hombros anchos —detalló.

—No es mi ficha lo que te pido, encanto. Esa descripción la conozco muy bien. Te pedía si veías en mí algún rastro de idiotez.

Ella agitó la melena rubia.

—No me haga perder el tiempo, y acabemos de una vez.

—De acuerdo, seré breve... y directo: no me interesas como

mujer, pero a cambio de no avisar a la policía vas a responder a unas preguntas mías. ¿Dónde está Inge?

—¿Y qué tengo yo que ver con ella?

—Responde, Soma.

Se mordió ella el labio inferior.

—No lo sé, ¿por qué había de saberlo?

—Por la misma razón que andabas registrando su equipaje.

¿Qué buscabas?

—Nada, me confundí de habitación.

—Y ni siquiera rebuscando en las maletas te habías enterado que no era ese tu equipaje, ¿eh?

Apretó ella los labios.

—Lo siento por ti, nena.

Sonia pareció decidirse al fin.

—Bueno; miraba a ver si encontraba unas cartas.

—¿Qué cartas?

—Unas relativas al Concurso. Me han dicho que la elección de «Miss Mundo» no es honrada porque viene elegida de antemano, y que en esta ocasión es Inge Stenersen la afortunada. Por eso buscaba esas cartas, porque con ellas podría provocar el escándalo y denunciar el tinglado.

—¿Quién te ha contado ese cuento, Sonia?

Ella no pareció dispuesta a responder y Will la sujetó de una de las muñecas, zarandeándola.

—¡Dímelo!

Soma se revolvió tratando de abofetearle, pero no lo consiguió porque el muchacho detuvo aquella mano que ondeaba. Pero ni sujetándola de ambos brazos, consiguió inmovilizarla, y de pronto se sintió arrojado al suelo por una hábil llave de judo aplicada por ella.

Se incorporó, rabioso por haberse dejado sorprender, y corrió tras ella, que huía ligera como una corza en dirección al balcón.

Cuando asomó a él, vio que el balcón era corrido y que comunicaba entre sí todas las habitaciones de aquel piso. En una de ellas se había escondido Sonia, sin dejar rastro. Seguirla, registrando todas las habitaciones, era peligroso y poco efectivo porque la muchacha se le escaparía fácilmente.

Claro que volvería a encontrarla en cualquiera de los actos del

festival.

Volvió a entrar en la habitación, y la cruzó para salir al pasillo.

Al cerrar la puerta sintió una presión en su costado izquierdo, y, simultáneamente, otra en el derecho, similar a la anterior.

Dos libaneses de sucios rostros cobrizos y muecas infames presionaban sus flancos con sendos cuchillos árabes.

—Venga con nosotros —dijo el de su derecha, cuyo fez rojo le había resbalado hasta la oreja.

—¿Qué significa esto?

—Un paseo; sólo un paseo.

Will catalogó inmediatamente a los dos indígenas; tras aquellas viscosas miradas anidaban todos los vicios y todos los crímenes de los bajos fondos del Medio Oriente. El viaje que le proponían era uno muy largo, al otro mundo.

—¿Quién me invita a darlo?

—Mustafá.

Dolan gruñó:

—¿El de la canción?

—No sea gracioso.

—Ni estúpido —cloqueó el otro—. Vamos.

Y pinchó un poco más con su cuchillo. El acero atravesó la tela del traje arañando la carne.

Will entrecerró los ojos diciéndose que aquél era uno de los peores momentos de su vida.

—De acuerdo, muchachos, no se pongan nerviosos.

Dio media vuelta para caminar por el pasillo, y de pronto sus manos entraron en juego.

Dos golpes simultáneos sirvieron para apartar de sus costados la presión de las armas, y un salto hacia atrás le situó fuera del alcance momentáneo de los asesinos.

Éstos mascullaron sendas imprecaciones y se revolvieron contra él, sinuosos como dos reptiles.

Aquella iba a ser una lucha silenciosa y mortal.

Los dos a un tiempo se precipitaron sobre él, con los cuchillos por delante. Will recibió al primero, tendiendo los brazos hacia él, como si fuera a sujetarlo para que no cayese al suelo.

Sus dedos de acero aferraron la muñeca armada y tiraron con violencia, dando un cuarto de vuelta para meter el hombro bajo el

sobaco del rufián.

Tiró con violencia, y el libanés saltó por los aires para estrellarse contra el suelo.

¡Pero el otro ya estaba sobre él, y le descargaba un horrible tajo!

Dolan se retorció en el aire, en inverosímil contorsión, y en el último segundo logró sujetar la muñeca homicida.

Luego, cediendo terreno inopinadamente, hizo que el otro perdiera el equilibrio y se precipitara sobre su propio cuchillo.

Un gemido ahogado se extendió por el pasillo, al introducirse el arma en las entrañas del agresor.

Con un temblor horrible, el libanés cayó al suelo, retorciéndose sobre la lujosa alfombra, que empezó a adquirir un siniestro color rojizo.

Su compañero, que había golpeado la cabeza contra el suelo, estaba inmóvil, desvanecido, y había dejado de constituir un peligro.

Con rapidez se inclinó sobre ambos indeseables y les arrebató las carteras. Luego, corrió alejándose de allí para no dar cuenta de lo ocurrido.

Unos minutos después se encontraba a salvo en su habitación sin que nadie le hubiera visto.

La reunión que se celebraba en la piscina había atraído a todos los huéspedes del hotel, así como a los criados y camareras, afortunadamente para él.

CAPÍTULO II

Las carteras sólo contenían un fajo de billetes cada una, por valor de cien libras libanesas, en billetes de una libra, y una tarjeta en la que estaba escrito un número de teléfono a continuación de una «M» mayúscula.

¿Mustafá?

Will guardó las carteras con su contenido en el fondo de una de sus maletas, en un departamento secreto, y se refrescó en el cuarto de baño para eliminar las huellas de la corta pelea.

Abajo, en la piscina, la fiesta proseguía. Con unos pequeños prismáticos extraordinariamente potentes, examinó la reunión que no parecía decaer en absoluto. Allí estaba Corine, que había vuelto a acaparar al pomposo Aristarkos, y también Mara retorciéndose sobre la plancha del trampolín sirviendo de modelo a un fotógrafo de gafas y pelo cortado en forma de cepillo, con un aire yanqui que apestaba. Las demás iban y venían, sonriendo a unos y a otros, mientras los camareros servían combinados incansablemente.

—¡Qué gente! —masculló Will, dispuesto a guardar los prismáticos.

Pero se detuvo.

Sonia hablaba animadamente con Birger Hagen, explicando algo muy importante a juzgar por sus ademanes y por el tenso rostro del delegado nórdico, cuya nariz estaba deformada por las bolas de algodón hidrófilo que le habían introducido en los caños para cortar la hemorragia.

Los labios de Hagen profirieron una imprecación, y acto seguido se dirigió rápidamente a un teléfono situado en la misma esquina del emparrado.

Will trató de identificar los números que marcaba el sujeto, pero la espalda de éste se lo impidió.

Will abandonó la vigilancia y salió de su habitación. El ascensor

llegaba en aquel momento al piso y pudo aprovecharlo sin espera, por lo que unos instantes después se encontró en plena calle, cuyo tráfico se había hecho intenso por razón del mediodía.

Un taxi pasaba lentamente por delante del hotel mirando su conductor hacia la puerta del mismo en busca de clientes, y Will alzó el brazo.

Acto seguido, el chofer hizo la maniobra deteniendo el vehículo ante el muchacho con suavidad. Era un coche también americano, último modelo, que ofrecía el máximo confort al viajero.

—¿A dónde le llevo, señor? —preguntó en francés el chofer.

—Deme una vuelta por la ciudad —pidió el joven en el mismo idioma—, y deténgase allí donde a usted le parezca que hay algo digno de ver.

—¿Turista americano? —interrogó en inglés exótico el taxista, sonriendo abiertamente.

—Acertó. ¿Un cigarrillo?

El hombre aceptó, y expeliendo ambos al unísono sendas columnas de humo, se estableció entre ellos una corriente de simpatía.

En el Puerto, contemplando las embarcaciones y la faena de los marineros en cubierta, y el ajetreo de los estibadores, Will aventuró:

—Esta mañana he tomado otro taxi, y la verdad es que desearía volver a encontrarlo.

El chofer arqueó las cejas.

—¿No está satisfecho de mí?

Rió Will.

—Oh, claro que sí. No se trata de eso. Me gustaría hacerle una pregunta al chofer de ese taxi. El caso es que he perdido una libreta de notas y quizá él la haya encontrado.

—Puede ir a la Sociedad para comunicarlo y el gerente dará el aviso a los chóferes Seguro que se encontrará.

—No es preciso. Por casualidad recuerdo el número del taxi...

—Oh, así es mucho más fácil. ¿Cuál es? Lo encontraremos enseguida.

—El trescientos veintisiete.

Hizo memoria el chofer.

—Pertenece al distrito treinta y dos Si quiere le llevaré hasta su Parada, y con un poco de suerte lo encontraremos.

—Es usted estupendo, amigo. Vamos.

Quince minutos más tarde, el taxi que conducía a Will se detenía cerca de la Parada donde estaba destinado el 327.

Pagó Will la carrera y sonrió al servicial chofer, al tiempo que le daba una buena propina.

—No es preciso que me espere, gracias.

El taxi arrancó, alejándose, y el muchacho se llegó hasta el vehículo que unas horas antes utilizara Inge Stenersen para alejarse del hotel. El chofer dormitaba con la gorra sobre los ojos, pero al oír abrirse la portezuela se puso en disposición de conducir en un momento.

—Al hotel Mediterráneo —ordenó Will.

Durante unos instantes el coche rodó en silencio, hasta que Will rompió su mutismo, diciendo:

—Hay algo que deseo saber... y estoy dispuesto a pagarlo.

Puso un billete de cinco dólares en la ventanilla de comunicación con el departamento del chofer, y éste lo hizo desaparecer ágilmente.

—¿Sí? —sonrió, animado, el conductor.

—Se trata de una dirección; justamente la que le dio esta mañana en la puerta del hotel Mediterráneo una señorita extranjera, muy rubia, vestida de negro. ¿A dónde la condujo usted?

—¿Una señorita rubia?

—No finja ignorancia, es mejor —advirtió persuasivo Will—. Usted no ha podido olvidar a esa mujer desde que la vio Ningún hombre podría olvidarla jamás. ¿Dónde la dejó?

—No sé si me acordaré...

—Habrá otro billete al final.

Aquello estimuló la memoria del taxista.

—Me pidió que la llevase a un sitio impropio de una señorita, si es que era señorita —puntualizó.

—Lo es. ¿Qué sitio es ése?

—El barrio portuario; un cafetín llamado «La Cueva» —añadió, repentinamente asustado—, si usted es de la policía yo no soy responsable de eso. Ella me pidió que la llevase...

—No soy policía. Condúzcame a ese cafetín.

Recostóse en el ruido. ¿Qué podía hacer Inge en una taberna del puerto libanés? Inge, una muchacha elegante, no amiga de

frivolidades, de sano espíritu y gran temperamento...

Sorteó el taxi varios coches y se detuvo en un semáforo. Luego, torció por una avenida sombreada por hileras de cedros, y enfiló el puerto.

Las calles fueron haciéndose más estrechas, hasta que el vehículo acabó por detenerse ante la imposibilidad de seguir más adelante.

—Tuerza a la izquierda y a la mitad de la calle verá el rótulo. Aunque si me permite un consejo, no vaya —dijo el taxista, abriéndole la portezuela.

Will le dio unos billetes y salió. Inmediatamente el coche hizo la maniobra para retroceder, y en unos segundos desapareció.

Con él se fue el último contacto con el mundo occidental.

El muchacho miró en torno, sin exteriorizar su recelo.

En algunos portales, tipos siniestros, tocados con el legendario fez, le miraban sin tapujos, con fijeza inquietante. En algún lugar sonaba una melodía árabe, viscosa y sensual. Los muros de las casas estaban sucios y ostentaban churretones pringosos que eran como las cicatrices de la miseria.

Un brazo de mujer salió por entre una ventana enrejada, y un siseo prolongado moduló una llamada que Will desdeñó.

Lento, midiendo sus pasos, fue avanzando por la calleja a la que jamás había llegado el sol. Un ciego carcomido por unas pústulas infectas soliloquiaba una cantilena solicitando limosna, y un chiquillo rojo pintarrajeaba una pared con un trozo de yeso.

Volvió la esquina indicada por el taxista y se encontró definitivamente inmerso en un mundo distinto. La arquitectura de las casuchas era árabe y las celosías de las ventanas enmascaraban ruidos y susurros inidentificables.

La muestra de «La Cueva» estaba bien visible, y Dolan no vaciló.

Desde la abierta puerta pudo contemplar el interior, dividido en dos partes: una, destinada al despacho de bebidas, y otra, ocupada por vanas mujeres de distintas razas, fumando con los cigarrillos pegados a la comisura de la boca.

Tras el mostrador, un tipo calvo y fornido, con aspecto de guardián de un harén, le miraba espiando sus menores movimientos.

—*Whisky* —pidió el muchacho, sin dejar de mirar a su

alrededor.

El tipo calvo, sin despegar los labios, le sirvió licor en un vaso inconcebiblemente sucio.

—¿Teléfono?

El otro señaló con la barbilla una cabina llena de basuras, situada en un rincón del establecimiento.

Will se metió en ella y leyó el número marcado en el disco. Como había supuesto, coincidía con el que figuraba en las tarjetas que estaban en las carteras de los tipos que habían querido asesinarle.

No se molestó en fingir una llamada y volvió al mostrador.

—¿Mustafá? —preguntó, mirando a lo profundo de las oscuras e inquietantes pupilas.

El calvo no se conmovió.

—No sé de qué me habla.

—Pregunto por Mustafá, y usted sabe quién es. Me dieron esta dirección y el número del teléfono. Vamos, no puedo perder tiempo.

El otro sacudió la cabeza.

—Vamos adentro y charlaremos —decidió—. Aquí hay demasiados testigos.

Luego se movió como una pesada mole de piedra que rodara montaña abajo.

Salió del mostrador y entonces pudo calibrar bien el muchacho la tremenda potencia de su oponente.

Su torso no era posible abarcarlo con ambos brazos, y cada uno de sus puños tenía el tamaño de un balón de *rugby*. El vello del enorme torso asomaba como selva virgen por la entreabierta camisa y sus piernas recordaban las columnas de los templos antiguos.

Señaló el tabernero una puerta y Will entró por ella, seguido de aquel individuo.

Se detuvo al oír el portazo a su espalda. Aquél era un pasillo ancho, al final del cual había una galería por la que entraba el sol.

Los brazos del calvo le rodearon de pronto, oprimiéndole el pecho para asfixiarle.

—Usted pregunta por Mustafá, ¿eh?

La voz recia y áspera rechinando en su oído tenía un acento triunfal.

Will expulsó el aire de sus pulmones y aquello le permitió un

breve instante de movilidad.

Giró levemente, lo justo para incrustar el codo en el estómago del fornido tabernero. Este gimió por el impacto y suavizó la presa, momento que aprovechó Will para alzar la rodilla salvajemente.

El calvo boqueó, alcanzado de lleno, y su cuerpo se plegó como el de un monigote lleno de aire al que hubieran pinchado.

Pero Dolan no le dejó caer al suelo.

Haciendo gala de una fuerza nada común, lo sostuvo en vilo con una sola mano, mientras manejaba la otra en velocísima sucesión de bofetadas que restallaban como pistoletazos en la quietud del pasillo.

En unos instantes, las mejillas del calvo quedaron enrojecidas e inflamadas por el feroz castigo. Pero Will no se apiadó por eso.

Sus dedos aferraron la mata de pelo del pecho, y tiraron con violencia, izándolo hasta pegarlo a la pared.

El tabernero gritó, pero una nueva bofetada le cerró definitivamente la boca, al partirle los labios.

—No me gusta cierta clase de bromas —declaró Will solemnemente—. Otra como la de antes, y se la cuentas a tus antepasados en el mismísimo infierno.

Su acento feroz impresionó a aquel tipo que sorbió la sangre que manaba de sus labios rotos. Sus ojos sucios despedían chispas homicidas y Will comprendió que no podría descuidarse un instante, so pena de encontrarse con un cuchillo entre las costillas.

Sus dedos sujetando al cobarde tiraron con fuerza de la mata de pelo y aquello logró la Inmovilidad de su prisionero.

—¿Quién es Mustafá?

El otro rodó los ojos en las órbitas, como si no comprendiera, y en árabe respondió:

—No entiendo.

Desde que había entrado el muchacho en el tugurio habían hablado en francés y el calvo parecía comprenderlo a la perfección.

Will podía entender una conversación normal en árabe y entendió la excusa de su oponente, pero no quiso que la conversación se planteara en el idioma materno del calvo.

—Sabes hablar perfectamente el francés, y si no respondes en menos de cinco segundos vas a llevarte una sorpresa.

Su mano libre cacheó hábilmente al individuo, arrebatándole

una enorme navaja de resorte, nueva y brillante. Will apretó el resorte y una terrible hoja saltó de improviso hacia el abdomen del tabernero.

—¿Quién es Mustafá? —repitió.

El calvo tragó saliva.

—El... jefe. Le llamamos así, pero no le conozco.

—¿No?

—¡Se lo juro, señor! Yo soy un honrado...

Pinchó Will a través de la tela y el otro se estremeció violentamente, horrorizado.

—¿Tengo acaso cara de estúpido? Dejaste de ser honrado en el vientre de tu madre. ¿Dónde encontraré a Mustafá?

Negó el otro repetidamente:

—Nadie le ha visto la cara...

—¿Es árabe, libanés o europeo?

—Lo ignoro —siguió negando.

Podía ser sincero o podía no serlo; en todo caso únicamente podría saberse sacándole las entrañas.

—Pasaremos a otra cosa, muchacho. Esta mañana ha estado aquí una señorita, una auténtica señorita, y ya sabes a quién me refiero: rubia, joven, muy hermosa, vestida enteramente de negro. ¿La recuerdas?

Vaciló, pero acabó asintiendo, quizá persuadido por el maligno brillo de la navaja que continuaba adosada a su vientre.

—Sí; parecía nórdica.

—Lo es. ¿Dónde está?

Quiso sonreír.

—¿Y cómo puedo saberlo? Esa clase de mujeres buscan aventuras, les gustan las emociones fuertes... y estuvo aquí buscándolas. Entró y pidió pernod. Luego debió comprobar que no había ambiente, porque era muy temprano, y se marchó seguramente a otros locales. ¿Por qué no pregunta por ahí?

La punta de la navaja se hundió, pinchando carne.

—¡Maldito hijo de Satanás! Piensas que estoy bromeando y voy a abrirte un ojal para que te desengañes. ¡Esa mujer entró aquí y no volvió a salir! ¿Por quién preguntó?

—¡Por nadie, se lo juro!

Will miró críticamente la navaja.

—Siento verdaderas tentaciones de usarla: nunca he degollado a un cerdo y afirman que es un espectáculo delicioso... Pero te necesito vivo —cerró el arma de golpe y se la guardó en el bolsillo de la americana—. Sin embargo, seguiré un procedimiento mejor: nos ablandaremos mutuamente.

Tiró de la pelambrera y con el puño libre machacó la nariz del gigante, que chilló.

Tropezó con la pared y resopló brutalmente. Luego esbozó una especie de sonrisa y se lanzó contra el muchacho como un rinoceronte en plena carga, puños en ristre, bailándole en las pupilas todas las tretas de los barrios portuarios.

Will se ladeó para dejar pasar la inesperada patada, y cuando ésta perdió fuerza, sujetó la pierna alzada, golpeando el muslo con el canto de la mano, sobre un manojo de nervios.

Pareció que la pierna fuera a partirse en dos, y el calvo bramó como una bestia malherida. Pero el muchacho no soltó la presa y con ambas manos obligó a levantar aún más la magullada pierna.

Su enemigo cayó de espaldas, conmoviéndose todo el edificio por el golpe de su corpachón.

Las rodillas del muchacho cayeron sobre el estómago del rufián, que perdió todo el aire de los pulmones y se tornó amarillo.

—¿Dónde está esa chica? ¿Por quién preguntó? ¿Qué fue de ella? —repitió una y otra vez sin aflojar la presión de las rodillas, abofeteando aquel rostro embrutecido, hasta dolerle los brazos.

Bajo la lluvia de golpes, el tabernero pareció desinflarse.

¡Crac!

La puerta se abrió y uno tras otro, tres árabes de rostros crueles entraron en el pasillo.

Enarbolaban navajas muy semejantes a la que había arrebatado al calvo, y sus movimientos eran sinuosos como los de una pantera traidora.

—Hemos llegado a tiempo de salvar a Faïd —susurró uno de ellos, en árabe.

—Vamos a degollar a este perro extranjero —silbó otro.

—Le rodearemos y caeremos los tres sobre él, a la vez —concluyó el tercero.

Pensaban sin duda que no eran comprendidas sus palabras.

Will se incorporó lentamente, vigilando a la vez a los tres

asesinos, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. A sus pies, Faid estaba inconsciente prácticamente, y durante unos minutos no sería peligroso.

Llevó su mano al bolsillo de la chaqueta.

El que parecía jefe lanzó un grito gutural y los tres se precipitaron sobre él.

Pero el joven hizo alarde de su fabulosa agilidad ganando un segundo antes la pared, donde apoyó la espalda. El súbito ataque se vio truncado y los tres árabes lanzaron una maldición al ver fallida su maniobra.

La mano de Will ondeó, y la navaja de Faid salió a la luz, brillando con siniestros reflejos.

Los asesinos se miraron entre sí. Por la forma de coger el arma se habían dado cuenta de que el extranjero estaba familiarizado con ella y que sabría sacarle partido.

En árabe, Will profirió un complicado insulto que tiñó de carmín las mejillas de sus atacantes.

Éstos volvieron al ataque, simultáneamente los tres, y Will volvió a escabullirse. Uno de los árabes, sin embargo, fue más audaz y se adelantó un paso más que sus amigos.

Aquello le perdió.

Su navaja saltó por los aires al sentir el acero de Dolan rasgarle el brazo, desde la muñeca al hombro, rascándole el hueso. El asesino se retorció, sujetándose el brazo que sangraba horriblemente, mientras de sus labios encapaban las más horrendas expresiones.

Contorsionado por el dolor, el árabe miró con ojos acuosos al muchacho, mientras sus compañeros no podían contener un estremecimiento de pavor a la vista de aquel brazo mutilado para siempre.

Will aprovechó aquel momento de incertidumbre en sus enemigos y ganó la puerta, saliendo al bar. Una navaja silbó buscándole la espalda, pero la suerte le ayudó y el acero se incrustó en el marco de la puerta, con siniestro balanceo.

El bar estaba desierto. Ni siquiera las desdichadas mujeres que ocupaban el departamento reservado a ellas se encontraban allí.

Con asombrosa agilidad, Dolan ganó la calle y corrió por ella en dirección a la esquina, por la que había entrado en el barrio.

prohibido. Llevaba en la mano todavía la navaja, de cuya punta caían algunas gotas de sangre.

A su espalda, en la puerta de «La Cueva», uno de los árabes lanzó un grito e inmediatamente de varias puertas salieron tipos siniestros, obstruyéndole el paso.

Dolan se detuvo e hizo saltar en su mano la navaja, al tiempo que en sus labios bailaba una sonrisa implacable.

Elástico como un felino se aproximó a una de las paredes, huérfana de puertas y ventanas, y se pegó a ella.

A su alrededor, hasta diez seres siniestros, árabes, libaneses o marroquíes, ataviados de las más diversas formas, pero con la misma huella del vicio y el crimen en sus rostros, empezaron a trazar un semicírculo en torno de él.

Sabía lo que sucedería.

Uno u otro de aquellos asesinos le alcanzaría con su acero y unas horas después su cadáver aparecería flotando sobre las sucias y grasientas aguas del puerto.

Un silencio denso, agobiante, se hizo en la calle.

Los habitantes del barrio se ayudaban siempre en caso de lucha contra un forastero, y no había posibilidad de escapar a su venganza. No importaba que entre ellos hubiera cuestiones pendientes. A la hora de castigar a un extraño, luchaban todos por la misma causa.

Will los vio fabulosamente seguros de sí mismos.

En la mayoría de los rostros había muecas que pretendían ser sonrisas placenteras.

No tenían prisa. ¿Quién podía escapar del barrio, si ellos no lo querían?

Fueron acercándose lentamente, dando tiempo a que los dos árabes que habían luchado con él en «La Cueva» llegaran.

Formando un semicírculo irrompible en torno a él, los maleantes aguardaron a que uno de sus jefes parlamentara con los dos árabes.

—¿De qué se trata? —preguntó en rápido árabe.

—Hay que matarlo.

—¿Quién lo ordena?

—Mustafá.

—¿Por qué?

—Es asunto de Mustafá. Vamos, entregádnoslo y no perdamos

tiempo.

—¿Es policía?

Hubo una vacilación.

—No; creo que no. Y si lo es, ¿qué te importa? ¿Acaso te da asco la sangre de policía?

El que había hablado en nombre de los diez miserables salidos de las casas al grito del árabe, clavó su mirada en el muchacho.

—Cuidado con él —advirtió—. Parece peligroso.

Los diez rufianes fueron estrechando el cerco, recreándose en producir pavor. Inmóvil, Will se dijo que había llegado el momento de morir y recordó una oración.

El jadeo de los asesinos era como un contrapunto alucinante en el silencio irreal de la calleja.

De pronto, el ulular de una sirena galvanizó a los presentes.

—¡La policía!

Un «jeep» apareció en la punta opuesta de la calle, a toda velocidad, lanzando al aire el agrio chirriar de su sirena.

Alguien gritó:

—¡Dispersaos!

En un segundo la calleja quedó vacía, y Will se lanzó a una carrera desenfrenada hacia la esquina contraria a la que venía él «jeep» patrullero, tratando de alcanzar el lugar donde le había dejado el taxi.

No quería tratos con la policía.

Tras él, sonaron los silbatos de los agentes, saltando del «jeep» con vergajos en las manos, y entrando a la carga en las casuchas donde habían visto desaparecer a los revoltosos.

El muchacho ganó aquella esquina y poco después tomaba un taxi, que le alejó definitivamente del peligro. Antes de dirigirse al hotel, sin embargo, entró en un bar para arreglar su aspecto personal.

CAPÍTULO III

Cuando el taxi se detuvo frente al hotel Mediterráneo, era mediodía y un calor sofocante invadía las calles de Beyruth. El tráfico había decrecido, y apenas se veían peatones. Durante las horas del mediodía, la capital libanesa perdía buena parte de su agitación y cosmopolitismo.

Will abonó la carrera y se dirigió a la puerta del hotel. Estaba recién peinado y su aspecto aparecía correcto, a pesar de algunas manchas de su traje, imposibles de quitar por sus propios medios. Cuando unos minutos después apareció en el comedor con un nuevo traje, nadie diría que había estado a punto de perder la vida en el barrio portuario, uno de los lugares más siniestros del hampa mediterránea.

—¿El señor William Dolan?

Tenía ante sí a un individuo macizo, aunque más bien bajo, de labios abultados, cabello canoso y rostro cobrizo. Iba vestido con un correcto traje blanco y en las manos llevaba un periódico de la mañana.

—Soy el capitán Nadim, de la policía.

Will arqueó las cejas.

—¿Policía? ¿He contravenido alguna de las leyes del Líbano, capitán?

—Creo que han sido varias —respondió sin mover un párpado—. ¿Tiene inconveniente en acompañarme o exige la presencia del cónsul de su país?

El muchacho reflexionó un instante.

—La verdad es que tengo verdadero apetito y... Quizá sea mejor que vaya con usted; confío en que terminaremos pronto.

Dio media vuelta y se situó junto al capitán, que se encaminó a la puerta. Una vez en ella aguardó un instante, y un largo coche negro detenido en la esquina rodó suave hasta situarse junto al

bordillo.

—Perdón, capitán, ¿le importaría mostrarme sus credenciales? No puedo olvidar que estoy en un país lleno de misterios, donde un rapto está a la orden del día...

Nadim lanzó sobre él una mirada furibunda.

—Esto no son los Estados Unidos, señor. En su país, el año pasado, hubo más de quince mil raptos —y sacó un carnet que no dejaba lugar a dudas sobre su personalidad.

Will entró en el coche y poco después llegaban a la sede de la policía.

En el despacho del capitán, éste se situó tras su escritorio y empezó:

—Las acusaciones contra usted son las siguientes: riña con dos nativos en los pasillos del hotel Mediterráneo, a consecuencia de la cual hubo un muerto; y alteración del orden público en el barrio portuario, con el balance de un herido y un muerto. ¿Tiene algo que declarar?

El muchacho quedó momentáneamente silencioso.

—Es curioso... —dijo al fin.

—¿El qué es curioso?

—La forma que tienen ustedes de obrar. ¿Cómo han sabido todo eso?

—Tenemos medios de información. No disponemos del aparato policíaco del FBI, pero nuestra policía tampoco lo hace mal.

El muchacho dejó escapar un suspiro.

—Hubiera preferido que no llegara este momento, pero veo que no hay más remedio que jugar con las cartas al descubierto Soy agente federal, pero incidentalmente trabajo en un asunto por encargo de la Interpol Ve a mi documentación.

La ofreció por encima de la mesa a un capitán de la policía sumamente confuso.

Nadim leyó las credenciales, así como una petición de la central de la Interpol para la policía libanesa, a fin de que se prestara al agente William Dolan toda clase de ayuda.

Carraspeó el policía:

—Lo siento; no podía suponer...

Will dio un manotazo al aire.

—Deje eso y dígame, ¿cómo supo que yo...?

—Tuvimos una denuncia.

—¿Quién la presentó?

—Lo ignoro. Fue anónima. Yo mismo tomé el teléfono. Alguien preguntó por mí, y me comunicó que la persona que había alterado el orden en el barrio portuario se llamaba William Dolan, quien poco antes había matado a un nativo en el hotel. Pretendí interrogarle, pero colgó, y sólo pudimos saber que llamaba desde un teléfono público.

Will extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció uno al capitán, encendiendo él otro.

—¿Voz de hombre?

—Sí.

—¿Nativo?

—Lo parecía. Me habló en árabe. Si no era libanés, domina muy bien nuestro idioma.

Sacudió el muchacho la ceniza.

—Hay algo que no encaja; yo no he matado a nadie en el barrio del puerto.

—¿No? Pero usted estuvo en «La Cueva».

—Sí; allí traté de interrogar a uno que parecía el dueño, o algo parecido, una mole enorme, calvo, que se llama Faid, según pude comprender. Intercambié con él algunos golpes, y cuando estábamos tratando la cuestión de si respondería o no a mis preguntas, llegaron tres árabes para asesinar me. Tuve que defenderme, es cierto, con una navaja en la mano: precisamente ésta —y la sacó del bolsillo, dejándola sobre el escritorio—, pero me limité a rajar el brazo a uno.

—El muerto es Faid.

—Lo dejé vivo. ¿O acaso alguno de mis golpes...?

—Lo encontraron los patrulleros con una navaja en el corazón.

El muchacho se pellizcó el labio inferior.

—Debieron cerrarle la boca para que no hablara. O como castigo, si creyeron que había dicho más de lo debido. Por cierto, la llegada de ustedes, muy providencial fue para mí. Un minuto de retraso y a estas horas estarían pescando mi cadáver en el puerto...

Nadim movió la cabeza perplejo.

—No entiendo lo que está ocurriendo con usted, Dolan, palabra. Ahí fue una mujer quien nos avisó, también por teléfono. Pidió

ayuda urgentísima porque iban a matar a un extranjero... Celebro que mis hombres lograran dispersar la reunión celebrada en su honor.

—Yo también lo celebro —rió el agente—. ¿Dice que fue una mujer?

—Y no era nativa. Tenía un acento duro, como si fuera alemana o...

—¿Nórdica, tal vez?

—Exactamente.

Todo era confuso.

Hubo un largo silencio, durante el cual los dos hombres reflexionaron. El capitán rompió aquella quietud, inquiriendo:

—¿Puedo saber qué es lo que busca usted en nuestra capital, Dolan? Debo informar al prefecto.

—A una mujer desaparecida. Se llama Lynda Wells, tiene veintidós años y es bailarina. Muy hermosa y nada frívola. Hacía una jira por el Mediterráneo, pero en sus planes no entraba visitar El Líbano. Sin embargo, alguien la vio aquí... y no ejerciendo su profesión, precisamente. Adivine dónde.

—¿Trata de blancas?

—Y comercio de drogas, sí. Todo bien unido; todo junto, la miseria y el dolor ¡Qué gente tan canalla la que se dedica a eso! Primeramente buscaba sólo a Lynda Wells, y al saber la Interpol en lo que me estaba ocupando, me llamaron a París para facilitarme nuevos datos. Por lo visto la desaparición de esa chica no era fortuita, sino que responde a una nueva ola de raptos, mezclada con tráfico de drogas. En París he tenido ocasión de tomar contacto con los expertos de la Interpol, que me han instruido convenientemente. Luego, en América, me incrustaron en la organización del concurso de belleza para elegir «Miss Mundo», ya que según los de la Interpol, en alguno de los actos del concurso tendría oportunidad de tropezarme con alguien de la banda... Bien; ya lo sabe usted casi todo.

El capitán asintió.

—¿Y por qué no vino a verme nada más llegar? Ha arriesgado su vida peligrosamente...

—En casos como este prefiero trabajar solo. Soy excesivamente desconfiado, y perdone. Uno a veces piensa que el cerebro capaz de

traficar con el honor y la virtud, tarde o temprano trata de corromper a la policía. Yo sé que no es cuestión de dinero, sino de sentido del deber, pero yo no le conocía a usted.

—¿Y ahora sí?

—Para ser exacto, no. Pero no tenía otro remedio que exponer mi juego —se incorporó, sonriendo—. Espero que lleguemos a ser buenos amigos, capitán.

—Lo celebraría, pero quizá no sea posible si no me permite ayudarlo. Es difícil sentir afecto por la persona que desconfía de uno.

Will tendió su diestra.

—Le encargaré algunos trabajos. Dígame a qué número puedo llamarle.

Tomó nota y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Luego recogió la navaja que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

—¿Conoce usted a Mustafá?

El capitán arrugó la frente.

—¿Mustafá? ¿Quién es Mustafá?

—Es el título de una canción extraída del folklore árabe, que puede escucharse en la gramola de cualquier bar, es completamente inocente, salvo que hace referencia a un harén... y sirve de contraseña entre algunos miembros de la organización que persigo. Pero Mustafá es, también, el nombre que le dan al jefe. Faid debía conocerlo o sabía algo de él. Por eso le han matado. Vea si entre sus confidentes hay alguno que pueda hablarle de Mustafá.

Estrechó la mano del capitán y salió del edificio de la policía.

Un taxi le devolvió al hotel, y en el ascensor subió a su habitación. Sentía hambre, y ansiaba cambiarse de ropa para bajar al comedor y despachar el mejor almuerzo que fuera capaz de preparar el cocinero francés del hotel.

Silbando la melodía árabe que había escuchado aquella mañana en el bar, metió la llave en la cerradura de su habitación y la abrió.

Se detuvo, quedando inmóvil durante unos segundos.

La melodía murió en sus labios por falta de aliento. Después, lento, sacó la llave y entró, cerrando tras sí.

Recto se dirigió al teléfono y pidió un número.

—¿Capitán Nadim?

—¿Sí?

—Soy Dolan Acabo de llegar al hotel. Le hablo desde mi habitación.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad, Dolan?

—Sí, tengo una rubia preciosa en mi cama.

Hubo una vacilación al otro lado del hilo.

—¿Alguna de las aspirantes al título? No sabía que tuviera usted tanto éxito.

—No hay éxito en esto, capitán. Está muerta. Venga para acá.

Colgó y se acercó al lecho.

Sonia Vicklund era hermosa en vida, pero con aquella siniestra navaja sobresaliéndole por encima del pecho izquierdo había perdido todo su encanto nórdico.

Vestía el mismo traje de baño de unas horas antes, y la habían extendido cuidadosamente sobre la colcha. Sus largas piernas doradas parecían todavía llenas de vida, pero su busto no alentaba.

Los grises ojos miraban al techo, sin verlo, y el dolor de la muerte había curvado sus labios trágicamente.

Will fue al lavabo y tomó la toalla de baño, extendiéndola sobre la muerta.

Era cuanto podía hacer por ella.

A media tarde se celebraba un cóctel en honor de la Prensa en uno de los salones del hotel, con motivo del concurso «Miss Mundo». Una orquestina desgranaba melodías en un estrado decorado con blancas cortinas, y largas mesas ofrecían a los invitados toda clase de bebidas y aperitivos.

Will enfiló una de las puertas del salón, vestido con un terno tostado impecable, cuando la fiesta estaba bastante avanzada. Las candidatas al título, ataviadas con lujosas galas, prestaban un singular colorido a la reunión.

Cuando apareció en el salón, la orquesta afirmaba:

«Chèrie te quiero, chérie yo te adoro...»

El muchacho se mordió el labio inferior Mustafá de nuevo rondaba el concurso, dispuesto a ensuciarlo con su viscosa organización.

Se encaminó recto al estrado de los músicos, al que llegó justo

cuando finalizaba la melodía. El director del conjunto se secaba la frente con un pañuelo, y Will le espetó:

—¿Por qué han interpretado esa melodía?

—Es muy popular —le respondió con almibarado acento francés el músico.

—¿Quién le ha pedido que la tocasen?

Sonrió el otro.

—Varias personas. ¡Es tan chic!...

No pudo continuar el interrogatorio porque una nube de periodistas se abalanzó sobre él, una vez identificado.

—¡Usted descubrió el cadáver, señor Dolan! —gritó uno de los reporteros, libreta en ristre—. ¿Qué sintió al ver a Sonia Vicklund en su habitación?

—Déjenme, muchachos No tengo nada que decir.

—No se librará fácilmente de nosotros —advirtió otro—. Será mejor que responda a nuestras preguntas.

Estaba rodeado por doce o quince redactores de periódicos locales y corresponsales de rotativos y revistas de todo el mundo, que habían desplazado al concurso a sus enviados especiales.

—¿Cuál fue su impresión?

Varios fotógrafos empezaron a disparar sus máquinas, y la mayor parte de los invitados volvieron hacia ellos la atención, en vista de lo ruidoso del encuentro.

—Sentí lástima.

—Usted había hablado con ella unas horas antes, ¿no es verdad?

—En efecto.

—¿Por qué cree que la mataron?

—Lo ignoro.

—¿Qué razón había para que la dejaran en su habitación, señor Dolan? ¿O es que tenían ustedes una cita?

—No había cita —respondió con infinita paciencia—. Y me parece de mal gusto hablar con ese desenfado de la pobre Sonia.

—Eso no la perjudica, señor Dolan, y nosotros debemos informar a nuestros lectores —arguyó un periodista alemán, de cabeza cuadrada y pelo cortísimo—. ¿Cuál es su versión de los hechos?

—No tengo versión.

—¿Dónde estuvo usted toda la mañana? —Tornó a preguntar el alemán.

Will plegó los labios.

—Oigan, esto es demasiado. No tengo por qué responder a las preguntas de ustedes. Lárguense. Todo cuanto tenía que decir, lo dije a la policía.

—¿Y ha logrado convencer al capitán Nadim? —insistió fríamente el corresponsal alemán.

Se hizo un silencio en aquella parte del salón. El duelo entablado entre el periodista de la cabeza rapada y Will se había tornado agrio, y los invitados al cóctel habían considerado más, interesante presenciarlo que continuar desgranando banalidades, por lo que habían formado círculo en torno a ellos.

—Puede preguntárselo a él —replicó el muchacho.

—Así lo he hecho, y lo he encontrado reservado, excesivamente reservado. Sospecho que la coartada de usted no le ha gustado. ¿Qué hizo usted en el puerto, Dolan? Allí hubo una pelea en un tugurio llamado «La Cueva», donde apareció muerto un hombre, y poco antes tropezó usted aquí en el hotel con otro nativo... que también apareció muerto. ¿Estoy equivocado, Dolan? ¿No cree que son demasiadas muertes para un solo día?

La atmósfera se hizo tan crítica en el salón, que los reunidos tuvieron la sensación de que todo el edificio iba a saltar por los aires, como impulsado por una horrenda explosión.

Will achicó los ojos.

—Tiene usted una poderosa inventiva. ¿Cuál es su nombre?

—Kurt Werner.

—¿De dónde ha sacado todas esas cosas, Werner?

—¿Son ciertas o no?

—Es usted un tipo curioso, Werner. Si yo fuera el capitán Nadim, rascaría un poco en el pasado de usted hasta encontrar el cadáver que tiene escondido en su armario...

El alemán mordió las palabras.

—¿Qué quiere decir?

Will adoptó un aire despreocupado, lanzando el reto públicamente.

—Nada que Mustafá pueda olvidar fácilmente.

Se volvió hacia la orquesta y sonrió al director, haciéndole una señal significativa. El músico comprendió al instante y todos los instrumentos a una iniciaron aquella melopea pseudoárabe, cálida y

embriagadora, que llenaba los sentidos:

Mustafá, es Mustafá...

Poniendo la mano en el pecho del periodista germano, lo apartó de su camino y salió del círculo dejando lívido a Kurt Werner.

Sin mirar a nadie se llegó a la mesa donde se despachaban los aperitivos y pinchó un pastelillo de carne, que resultó sumamente picante. Un camarero le preparó un combinado y, refrescándose la garganta, vio que Aristarkos se le acercaba sonriente.

—Celebro verle, Dolan —afirmó el magnate del petróleo, ofreciéndole una mano suave y blanda, como sin vida—. Muy lamentable lo de esa chica, aunque su muerte nos proporcionará mucha publicidad, y la publicidad siempre es buena. ¿Qué opina la policía del asunto?

—¿No han hablado con usted?

—¡Oh, sí! Pero usted ya sabe cómo trabaja esa gente, sólo son capaces de enfrentarse con criminales vulgares, proscritos y granujas de puerto, pero no saben lo que es hacer frente a un delito inteligente. Y éste lo ha sido.

Will no dejó de mirar a los ojos de Aristarkos mientras apuraba su copa.

El poderoso financiero, que era presidente del Jurado, tenía un vago aspecto de pez en su pecera con aquellos gruesos cristales ante sus ojos, que le hacían la mirada triste y redonda, como sin expresión.

—Para ser sincero, no sé lo que piensa la policía. Me han hecho numerosas preguntas, como es lógico, pero no han dejado entrever en absoluto sus intenciones.

Aristarkos hizo una seña al camarero, que se apresuró a servirles otros combinados.

—¡Qué curioso! ¿Por qué dejarían a la chica sobre la cama de usted? Da la impresión de que quisieran perjudicarle o advertirle de algo, ¿no?

—Pero no acierto a comprender qué. ¿Usted había tratado anteriormente a Soma Vicklund?

—Nunca; posiblemente no había cruzado con ella, jamás ni una sola palabra. Creo recordar que no me fue presentada siquiera.

—Hace unas horas estuve hablando yo con ella y me dijo algo que quizá pueda ser significativo. Afirmó que este concurso no era

todo lo honrado que debería, porque previamente a la presentación de las candidatas ya estaba elegida la que sería nombrada «Miss Mundo». ¿Hay algo de cierto en ello, señor Aristarkos?

—¡En absoluto! —Y sus ojillos parpadearon repetidamente—. ¡Completamente absurdo! ¿De dónde sacaría esa chiquilla semejante idea?

—Alguien se lo dijo, al parecer.

—¿Quién?

—No quiso confiármelo.

—¡Pero eso es una tontería!

Will dio vueltas a su copa.

—También me dijo que la elegida era Inge Stenersen, «Miss Noruega».

El presidente del Jurado se quitó las gafas, se acarició los ojos y volvió a ponérselas, diciendo:

—¿Inge? No la conozco tampoco ¡Diablos! Esas nórdicas son absurdas, completamente absurdas, aunque hay que reconocer que resultan maravillosas. Las dos vinieron al concurso con la ilusión de ser elegidas, y en la proclamación oficial realizada esta mañana en la piscina ninguna de las dos hizo acto de presencia. ¿Entiende usted esto?

—Soma sí estaba; la encontré tendida en una tumbona, con un vaso de ginebra en la mano, pero a Inge no la vi. Por cierto, ¿está aquí?

Aristarkos giró la cabeza, peí o antes de examinar a todas las muchachas allí reunidas, negó:

—No, no está. No la he visto.

—¿Dónde puede haberse metido?

—Sea donde sea, si no asiste a los próximos actos, deparemos descartarla del concurso.

—¿Le ha preguntado usted a su delegado, a Birger Hagen? El debe saber qué sucede con sus representadas.

Lo dijo señalando hacia el delegado nórdico, que se aproximaba a la mesa sin advertir la presencia de ellos. Sólo cuando estuvo demasiado cerca reconoció a Will, y quiso desviarse, pero Aristarkos le llamó:

—¡Eh, Hagen! ¿Quiere acompañarnos unos instantes?

Birger Hagen lucía una hermosa nariz, de tamaño casi doble del

normal, cuya punta ostentaba una característica rojez. Al llegar junto a ambos hombres, el delegado nórdico lanzó una fulmínea mirada a Will, que le sonrió levísimamente.

Aristarkos preguntó:

—¿Dónde está Inge Stenersen? No ha asistido a la proclamación oficial ni a este cóctel, y usted sabe que a la próxima falta será eliminada del concurso. Hagen se humedeció el labio inferior.

—Esa chica se ha comportado de una forma extraña señor presidente. Lo siento y en nombre de ella le pido disculpas.

—Eso no responde a la pregunta, Hagen —reconvino Will, suavemente—. El señor Aristarkos desea saber «dónde» se encuentra Inge Stenersen.

Hagen fue a decir alguna inconveniencia, pero debió recordar su pobre nariz, y se mordió el labio inferior.

—Verá. Inge se ha marchado, no está en Beyruth. Me pidió que retirara su candidatura y que... No sé el motivo, pero no ha querido continuar.

—¿Ha salido de El Líbano? —preguntó Will.

—Claro —pero no quiso continuar y le volvió deliberadamente la espalda.

El magnate se aclaró la voz.

—¿Ha molestado alguien a esa chica?

—Que yo sepa, no.

—¡Hum!

Will rodeó a Hagen para mirarle al rostro al preguntarle:

—¿Ha regresado Inge a Noruega?

El delegado no quiso responder, y la mano del muchacho cayó de pronto sobre la pechera de tan desagradable individuo.

—Usted debe tener mala memoria, Birger, y ya se ha olvidado de lo que le sucedió esta mañana en la piscina. Guárdeme el debido respeto.

—¡Sáqueme las manos de encima! —chilló el delegado.

Will lo soltó desdeñosamente.

—Si vuelve a tropezar conmigo, Hagen, lo arrojaré por la ventana... y palabra que abajo no hay agua.

Un cuerpo blando y perfumado se pegó al de Will.

—Estaba aburriéndome y... ¿No tienes nada que hacer, Will, mi amor?

Mara Soares estaba terriblemente hermosa y ella lo sabía. El oscuro cabello, muy corto, formaba suaves ondas en torno a su cabeza, enmarcando un rostro perfectamente maquillado, donde los labios temblaban presintiendo la caricia de un beso. Los enormes ojos oscuros relampagueaban, y todo su cuerpo parecía responder a aquel estado de ánimo, excitado y cálido, tan electrizante como si se encontrara en medio de una tormenta.

El vestido amarillo parecía cosido sobre su piel, y Will notó la expresión anhelante de Aristarkos a la Vista de la mujer.

Mara le tomó del brazo, tirando de él y llevándoselo hacia una de las terrazas.

Una vez fuera del salón y bajo uno de los toldos de colores, la brasileña se volvió hacia él, besándolo con ansiedad. Will sintió el fuego de aquel cuerpo turbador, y la abrasadora violencia del beso.

—Cariño... —susurró ella.

El muchacho la apartó unos centímetros para poder reflexionar.

—Te veo efusiva, Mara —se burló él.

—No he podido olvidarte en todas estas horas. ¿No vas a decirme que me amas?

—No.

—¿Por qué?

—Te mentaría.

Ella se retiró y compuso un gesto furioso.

—¡Oh!...

—La última vez que nos vimos también te enfureciste conmigo. ¿Lo has olvidado?

—No, pero creía...

—Será mejor que volvamos al salón, Mara.

—¿Por qué?

—Debes conservar tu reputación...

—¡Al diablo esas tonterías! Yo te quiero, Will. ¿Qué necesitas que haga o diga una chica para que la atiendas como ella espera?

Sonrió él y la acarició la barbilla. Aquello bastó para que Mara volviese a sus brazos.

Nuevamente los rojos labios buscaron su rostro.

—Si me pides que me case contigo, estoy dispuesta a hacerlo, Will. Ríete de mí si quieres, pero esto ha sido el flechazo.

La retiró.

—Piénsalo un poco más. No me conoces en absoluto y tengo demasiados defectos; el principal, es que ronco espantosamente.

Y la dejó en mitad de la terraza, regresando al salón.

Corine Robinson, «Miss Estados Unidos», había contemplado toda la escena recostada muellemente contra una de las columnas forradas de espejos que ornaban el salón, en la parte más próxima a la terraza. Jugaba con una copa de champaña vacía y en sus labios había un rictus de vampiresa desdenosa.

—Buscando emociones, ¿eh, Will? —susurró, como si interpretara la escena de una película.

El muchacho parpadeó burlonamente.

—¿Cómo? ¿Te veo sin la compañía del adorable Aristarkos? ¿Estaré soñando?

Corine dejó caer la copa al suelo, que se estrelló contra las losas de mármol.

—Eres perfectamente repulsivo, Will.

Él la ojeó críticamente.

—Adivino las causas; apuesto a que soy el único hombre de toda la reunión que no te ha dicho que estás hermosa.

—No es tu voto el que espero conseguir en el concurso, querido —se encogió de hombros—. Un feo final para Soma Vicklund, ¿eh? —añadió casi sin transición—. De todas formas, se lo merecía.

El muchacho examinó más atentamente a Corine.

La hermosa mujer tenía una expresión dura en sus pupilas.

—¿Por qué hablas así?

—Tengo mis motivos.

—Dímelos.

—¿Qué te importan a ti? De momento lo único que te interesa es la forma de besar de Mara. ¿O no se llama así?

Miraba hacia la espalda del joven, a la puerta de la terraza. Will ojeó por encima de su hombro y llegó a tiempo de ver la furiosa expresión de la brasileña al verle en compañía de Corine, y la rápida marcha de «Miss Brasil» hacia un grupo de periodistas.

Dolan se encaró con la candidata norteamericana.

—Estoy esperando respuesta a mi pregunta, Corine. ¿Por qué se merecía Sonia esa muerte?

—¡Vaya!... Adoptas los aires de un policía, Will. Has debido leer muchas novelas detectivescas.

—Lo que has dicho es más serio de lo que parece, muchacha. Vamos, aclara esa expresión si no quieres verte en un lío.

—¿Qué clase de lío? —Y su acento fue, por un momento, el que le correspondía, el de una chica de bajo origen y niñez transcurrida en el arroyo, en roce continuo con los pillos del barrio.

—Puedo contarle al capitán Nadim tus palabras y...

Ella rió.

—¿Crees que te creería? Yo negaría absolutamente haber dicho una cosa así, y te verías chasqueado.

Corine se despegó de la columna y le empujó para marcharse.

—Por mí puedes reventar en cualquier esquina, no derramaría ni una sola lágrima.

La vio alejarse, con hábil contoneo que ponía en juego hasta el más insignificante músculo de su cuerpo, en rotación perfecta bajo el vestido verde muy ceñido al cuerpo.

La reunión proseguía, entre fogonazos de *flash* y carcajadas. Estaba visto que los actos de un concurso de belleza transcurrían siempre entre taponazos de champaña y máquinas fotográficas.

Pasó revista al salón.

Aristarkos había cogido de la mano a «Miss Italia», una napolitana garrida, de mirada luminosa y vitalidad estallante, cuya piel tostada quedaba delicadamente resaltada por el vestido blanco que la envolvía sin ocultarla. La chica sentíase feliz y reía las ocurrencias del interesante Aristarkos, que desprendía un tufillo a dólares capaz de embriagar a cualquier chica.

Sylvia Sansini se dejó coger la otra mano y, llevada por el magnate, salió del salón.

Mara Soares brindaba con champaña en compañía de Kurt Werner, el periodista alemán que sabía demasiado. Corine andaba buscando compañía útil para su candidatura, y Birger Hagen se reunía en aquel momento con Eija Saarinen, «Miss Finlandia», una muchacha delgada y aparentemente tan frágil como un carámbano de hielo, pero cuyos ojos azules lograban el milagro del deshielo en pleno invierno.

Will se encaminó hacia la pareja y sonrió primero a Eija:

—¿Usted ha visto a Inge Stenersen, señorita Saarinen?

La muchacha parpadeó y miró a Birger, consultándole.

Éste se aclaró la voz y abombó el pecho.

—Oiga, Dolan, empieza a cansarme su actitud.

—¡Cállese! —ordenó el muchacho, como si se dirigiese a un lacayo, y agregó—: Aguardo su respuesta, señorita.

Eija negó y sus cabellos color paja oscilaron con el movimiento.

—No; lo siento.

—¿No sabe dónde se encuentra?

Birger terció:

—¡Ya le he dicho que ha abandonado El Líbano, Dolan! ¿Qué más quiere saber? La chica se asustó y no quiso continuar el concurso.

—¿Se asustó? ¿Por qué motivo?

—Ella es estudiante, no una modelo ni una aspirante a estrella del cine, y se encontró con que el concurso es una especie de pugilato por alcanzar la celebridad, y se dio cuenta de que no sentía afición por esas cosas; de modo que se marchó.

—Sin despedirse de nadie.

—Lo hizo de mí —se engalló—. Al fin y al cabo, yo la represento...

—Así que usted la vio antes de marchar, ¿eh? ¿Cuándo fue eso?

—Antes de comer.

—¿La acompañó al aeropuerto?

Vaciló el noruego.

—Verá; no. La dejé en la parada de taxis. Y además, ¿por qué me pregunta todo eso? ¿A usted qué mil diablos le importa? ¿Quién es usted?

Will le miró con desprecio compasivo.

—Cuídese la nariz, Birger. Cualquier golpecito, ahora, se la arrumaría para siempre, y no sabe el poco éxito que tiene un hombre con las mujeres cuando lleva su apéndice nasal desfigurado —y le dio una palmada en el estómago, dejándolo con la boca abierta y la bilis rebotándole en los labios.

En recepción preguntó por la marcha de Inge Stenersen.

El encargado negó con seguridad.

—No hemos visto a esa señorita.

—Pero ha dejado el hotel.

—Cierto, más no ha pasado por aquí a despedirse, ni era preciso tampoco, ya que la cuenta la abona la organización del concurso.

—¿Y el equipaje?

—No está en el hotel.

—Algún mozo la habrá ayudado a llevarse las maletas, ¿no?
El encargado volvió a negar.

—El tampoco la vio.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque vi bajar al mozo con el equipaje y sacarlo del hotel
Nadie le acompañaba.

—¿Quién dio la orden de hacer esa operación?

—El delegado nórdico, el señor Birger.

—¿Puedo hablar con el mozo?

Unos minutos después lo tuvo ante sí; era un fornido libanés de ancho rostro simpático.

—No dejé el equipaje en ningún taxi, señor, seguro —afirmó, respondiendo a la pregunta de Will—. Lo puse en un coche negro que aguardaba ante el hotel. No era un taxi.

—¿Conocías al chofer?

—No, señor.

—¿Lo identificarías si volvieras a verlo?

Vaciló el mozo.

—No lo sé. Llevaba gafas oscuras.

—¿Y la matrícula del coche, la recuerdas?

Se mostró apesadumbrado.

—¡Si lo hubiera pensado...! Will le dio una propina.

—Es igual; sería un coche robado, quizá.

Encendiendo un cigarrillo salió a la calle. La tarde tocaba a su fin y el sol empezaba a ocultarse en el mediterráneo, arrancando al agua destellos mágicos.

Había un bar próximo al hotel y entró en él para utilizar la cabina del teléfono público, ya que desconfiaba del servicio telefónico del hotel. Desde allí, llamando directamente sin centralita, se puso en comunicación con el capitán Nadim.

—Como le prometí, voy a darle trabajo, capitán. Espero que obtenga usted rápidos resultados. Ha desaparecido Inge Stenersen, «Miss Noruega». Sospecho que se encuentra en manos de esta gente, pero su representante afirma que ha dejado súbitamente El Líbano para regresar a su patria. Necesito que lo averigüe.

Nadim, al otro lado del hilo, prometió:

—No me costará mucho saberlo. ¿Algo más?

—Sí; vea si consigue rascar en la vida de un periodista alemán llamado Kurt Werner; no se detenga ante nada y llame a la Interpol si es preciso. Este hombre sabe demasiado, incluso que yo tuve un tropiezo con unos nativos en los pasillos del hotel y que he tenido algo que ver con lo sucedido en «La Cueva».

El capitán Nadim resolló.

—¿Cómo lo ha averiguado ese individuo? ¡Aquí no ha habido indiscreción alguna!

—No se lo he preguntado, pero me gustaría saberlo.

—¡Ahora mismo envío un par de agentes para que me lo traigan bien empacado y le haré soltar la lengua! —prometió excitado.

—No, no lo haga. ¿Ha pescado alguna vez con caña un pez excesivamente grande? —Noto Will el desconcierto del policía, y continuó—: Si el pescador es torpe, trata de cobrar la pieza inmediatamente y recoge el sedal con rapidez, el resultado es que la fuerza del pez desesperado logra romper el sedal y huir con el anzuelo y el cebo Pero el pescador astuto deja al pez que se confíe y con hábil juego de tira y afloja agota al pez hasta que éste es incapaz de oponer la menor resistencia. Por favor, no actúe contra esta gente si yo no se lo pido: no me gustaría que huyeran, alarmados por Una acción policial demasiado violenta.

El capitán suspiró.

—Está bien, Dolan Le guardaré obediencia y mientras llega el momento de la redada, le buscaré esos informes.

El muchacho se mostró conforme y, tras colgar el auricular, salió a la calle.

Había anochecido entretanto, y los faros de los automóviles surcaban las primeras sombras como largos dedos incandescentes, perforando la oscuridad. En aquel momento, el río del tráfico era caudaloso y los peatones tenían que detenerse en las aceras, en los pasos de peatones, aguardando el cambio del disco.

Will, con las manos a la espalda, miró a la acera opuesta, la perteneciente al hotel, mientras su cerebro trabajaba activamente, repasando los acontecimientos.

Al fin el disco verde se iluminó y los peatones cruzaron rápidamente la calle Will, entre ellos, llegó a la acera opuesta, y cuando subía al bordillo vio que una mujer se le cruzaba. Tuvo que detenerse en difícil postura, casi a punto de caer, para evitar chocar

con ella.

—Perdón —murmuró.

—¿Will Dolan? —preguntó ella, en un susurro gutural, como si fuera alemana; pero haciendo uso de un inglés áspero, continuó—: Le estaba esperando.

El muchacho adoptó una actitud desconfiada.

—¿Quién es usted?

CAPÍTULO IV

—La mujer que esta mañana le ha salvado de la muerte en el barrio del puerto.

—¿Usted fue quien avisó a la policía?

—Sí; pero, por favor, no hablemos aquí. Aguárdeme en el próximo paso de peatones; yo le recogeré en un taxi.

Antes de que pudiese evitarlo, la mujer cruzó la calle, justo a tiempo de salvarla antes de que el tráfico se reanudara. Will la siguió con la vista, imposibilitado de seguirla, y en un instante la desconocida desapareció entre el público de la acera opuesta.

Recordando las instrucciones recibidas, fue paseando hasta el otro paso de peatones y aguardó allí, junto al bordillo, con la mano en el bolsillo que contenía una pistola automática, lista para ser usada. Conocía casos como aquél en los que la buena fe de un agente había sido sorprendida cobardemente.

El taxi se detuvo junto a él, y el rostro de la mujer asomó por la ventanilla.

—Suba, rápido.

Ojeó Will antes el coche, en previsión de una trampa.

—No es ninguna trampa, no tenga miedo. ¡Cielos, estoy jugándome la vida por ayudarle!

Entró el muchacho, con la pistola oculta en la palma de la mano. El conductor puso en marcha el vehículo inmediatamente, y se unió a la riada de coches.

La mujer miró el arma.

—No es preciso que la use conmigo.

Se retrepó Will en el mullido, mirando a la mujer. No podía decirse que fuera una chiquilla, pero desde luego no era vieja. Tenía el cabello cobrizo y los ojos grandes, misteriosos. La boca no era más que un trazo duro en el rostro. Vestía bien, pero sin lujos excesivos, y en la izquierda apretaba un bolso pequeño.

—Nos hemos visto esta mañana, en «La Cueva» —dijo ella, de pronto.

El tono de voz hizo saber a Will que la historia de aquella mujer era un drama espantoso.

—Estaba entre aquellas mujeres, sí. Cuando le vi entrar sufrí un estremecimiento porque había oído hablar de usted a Faid y a los otros, y sabía cuál sería su final. Nos recogieron inmediatamente que usted desapareció con Faid y poco después, desde el piso alto, vi llegar a los matones. Fue entonces cuando aproveché un descuido y llamé a la policía.

Will guardó la pistola en su bolsillo y arrugó la frente.

—Esta gente no trabaja mal... —comentó en voz alta, aunque para sí—. Sabían mi nombre...

—No le extrañe; tienen enlaces en el hotel y alguno llamó avisando de las actividades de usted.

El coche daba vueltas por distintas calles y paseos, haciendo tiempo para que ellos hablaran, según instrucciones de la alemana.

—Le estoy sumamente agradecido y le prometo ayudarla...

—Mi nombre es Hilda Braun, y hace cinco años que estoy en manos de ellos. Vine a El Líbano como bailarina, cuando contaba veinticinco años, y casi a raíz de mi llegada se apoderaron de mí. Me ve envejecida, ¿no es verdad?

—La compadezco. Pero ¿por qué no se ha rebelado?

—¿Cree que es fácil? Para hacer lo que he hecho, hoy he tenido que jugarme la vida y en estos momentos si me encuentran me matarán: es una amenaza que pesa constantemente sobre nosotras y nadie intenta huir. Tarde o temprano dan con las fugitivas y las asesinan. Además, ¿a dónde podría ir? No tenemos documentación ni pasaportes, y en esas condiciones no es posible escapar.

Su voz se había estremecido con angustia y Will sintió oprimido su corazón.

—¿Por qué se ha arriesgado tanto?

—Quiero contribuir a que desaparezca esta organización, y sospecho que usted es policía. ¿Me equivoco?

—No.

—Usted es americano, sin embargo. ¿Qué puede hacer un policía americano aquí?

—Trabajo para la Interpol y busco a una mujer, también

bailarina; se llama Lynda Wells y desapareció hace tiempo. Pero según nuestros informes ha sido vista en Beyruth.

—¿Lynda Wells? La conocí.

Su voz había sido conmisericordiosa.

—¿La... conocí?

—Murió hace meses, no se sabe cómo. Su cuerpo apareció en el puerto y la policía decidió que era accidente.

Will se acarició la frente.

—Muerta...

—Sí; no debe tener usted piedad con esa gente, señor Dolan. Son peores que alimañas.

—Cuando desarticule la organización no habrá piedad, se lo prometo. Pero no puedo efectuar detenciones sin saber quiénes son los responsables. ¿Usted los conoce?

Ella negó.

—No; nadie los conoce. Nosotras sólo tenemos contacto con los esbirros y los matones; los de más categoría entre éstos son Faid, que ha muerto, y Hulaifa.

—¿Quién ha matado a Faid?

—Cualquiera de ellos. Seguramente no les gustó que usted le hiciese hablar, o pensarían que estando descubierta su relación con la banda, ya no era útil y sí peligroso; ya le he dicho que son como fieras.

—¿Dónde puedo encontrar a Hulaifa?

—Yo le llevaré a un lugar donde lo verá, pero no podemos ir solos.

—¿Conoce a Mustafá?

Ella negó.

—Mustafá no existe. Es un nombre simplemente, que sirve para ponerse en contacto los enlaces con los directivos de la organización. Cuando alguien llamaba a «La Cueva» preguntando por Mustafá, había que avisar a Faid o a Hulaifa, y ellos tomaban el informe o daban las instrucciones.

Rodó el taxi en silencio durante largo rato. Will reflexionaba en todo cuanto le había dicho Hilda, y ésta se mantenía inmóvil, con un rictus amargo y fatalista impreso en el rostro.

—No tengo ninguna esperanza respecto al porvenir, señor Dolan. Lo único que deseo es ver castigados tantos delitos y evitar que

otras mujeres sean tratadas como esclavas.

—¿Ha estado toda la mañana en aquel tugurio?

—Sí; pero no es ningún tugurio. Tiene apariencia de tal, pero en el interior hay salones fastuosos, similares a los de «Las Mil y Una Noches», a los que sólo tienen acceso los grandes magnates del Cercano Oriente.

—Lo que yo quería preguntarle es si ha visto a una mujer joven, rubia, vestida de negro, con aspecto de extranjera.

Hilda asintió.

—A estas horas estará muy lejos de Beyruth. ¿Es amiga de usted?

—Sí.

—¿Cómo la dejó meterse en aquel infierno?

—No pude evitarlo.

—¡Me horrorizó ver su decisión! Se dirigió recta a Faid y empezó a preguntar por Mustafá; ese canalla la invitó a pasar a un reservado, y no volví a verla. Todos supimos cuál sería su destino.

Will avanzo el torso, excitadamente.

—¿Puede conducirme al lugar donde la tienen?

—No le servirá de nada.

—¿Por qué?

—Tienen buena vigilancia y no pueden ser sorprendidos.

—Si no se atreve a acompañarme, Hilda, deme instrucciones y lo haré yo. ¡Debo salvar a esa muchacha!

Hilda guardó silencio unos instantes, como si calibrase posibilidades. Durante aquellos segundos, sus manos se retorcieron por la angustia, revelando su lucha íntima.

—Está bien; le acompañaré. Ir allí es ir en busca de la muerte, pero a mí ya nada me importa. Quizá valga la pena tratar de impedir que a esa chica le suceda lo peor.

Se inclinó hacia la ventanilla de separación con el chofer, y golpeó en ella con los nudillos. El conductor se volvió y abrió el cristal para escuchar nuevas instrucciones.

En árabe, Hilda dio unas órdenes al taxista y éste asintió, apretando a fondo el acelerador.

Pocos minutos más tarde salían de Beyruth y entraban, en plena noche, en una carretera larga, que se extendía paralela al mar.

Will tomó una de las manos de Hilda y la apretó en silencio, en

mudo gesto de agradecimiento.

Aquello conmovió a la desdichada mujer, de cuyos ojos brotaron dos lágrimas que mansamente resbalaron por sus mejillas.

El taxi se detuvo en el recodo de la solitaria carretera y apagó los faros. Will, a pesar de todo, se llevó la mano al bolsillo y miró en torno, sintiendo rebullir a la mujer a su lado. Todo cuanto ella le había dicho podía ser verdad pero también podía formar parte de una divertida historia para cazarle de improviso y sacarle de la relativa seguridad de Beyruth.

Hilda murmuró:

—¿Todavía desconfía?

Parecía haber leído sus pensamientos.

Dolan la miró francamente, pero la oscuridad de la noche le impidió ver la expresión de los ojos femeninos.

—No hay ni una sola evidencia que pruebe la exactitud de sus palabras.

—En efecto —parecía absolutamente serena.

—Sin embargo...

—¿Va a continuar?

—Sí.

—¿Por qué, si no cree en mí?

—Hay una razón poderosa, Hilda: tengo una pistola en la mano y la primera bala será para usted, si ocurre algo.

Ella respiró hondo.

—De acuerdo; es un riesgo que debo correr. Pero debería pensar que en una aventura de esta índole, es muy difícil garantizar ningún resultado. Ellos son tremendamente listos y usted no tiene suficiente fuerza para enfrentarse con la organización.

El taxista les miraba a través del cristal de separación.

—Creo que éste es el lugar... —comunicó, en árabe, a Hilda.

La mujer se volvió hacia Will.

—¿Quiere pagarle la carrera, señor Dolan? No llevo dinero.

El muchacho abonó el importe que marcaba el taxímetro, y unos instantes después se alejaba el vehículo, perdiéndose su luz roja en la lejanía.

Hilda y él, a un lado de la carretera pegada al mar, eran como dos sombras más oscuras que el resto de la noche.

La mujer explicó:

—Detrás de aquel acantilado hay una pequeña cala, con un embarcadero. Normalmente, atraca allí una motora que sirve de enlace entre el barco y esta parte de la costa. Puesto que usted parece decidido, no le resultará difícil sorprender a los vigilantes, apoderarse de la motora y llegar al barco. Allí está la mujer a la que busca —había en su voz una entonación burlona y levemente ácida, como de persona completamente desengañada.

El muchacho asintió.

—Bien, Hilda, iremos hasta allí. Por el camino podrá explicarme lo del barco.

La mujer echó a andar por el lindero de la carretera, y Will se situó a su lado. Ella dijo:

—El barco pertenece a la Organización, y está siempre fuera de las aguas jurisdiccionales de El Líbano. Por tanto, ninguna autoridad tiene poder ejecutivo sobre él, mientras no entre en las aguas territoriales de cualquier país. Ése es el secreto de su inmunidad.

—¿Conoce la policía la existencia de ese barco?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Tiene muchos nombres: «Estrella», «Céfiro», «Quilla de Oro»... Cambia según las conveniencias.

—¿Va armado?

—No en apariencia. Pero dispone de cañones, ametralladoras y armas ligeras. Es capaz de escurrirse de cualquier persecución por su ligereza de maniobra y velocidad. Pero estamos llegando al acantilado.

Will miró ante sí, comprobando aquel extremo. Las rocas ocultaban el mar, aunque no conseguían obturar el ruido del oleaje.

El muchacho se agazapó, avanzando encorvado. Sus pasos no resonaban en absoluto, y su marcha era silenciosa en la noche. Hilda, junto a él, calzada con zapatos planos, le seguía sin dificultad.

—Cuidado —susurró ella, conocedora del terreno.

Se inmovilizó el muchacho, y pegado al suelo aguardó. La mujer se situó junto a él, advirtiéndolo:

—Suele haber dos o tres centinelas con la motora. Unas veces están en la casita del embarcadero y otras apostados en diferentes

lugares Si nos descubren, nos matarán.

Will cabeceó, asintiendo, y haciendo un gesto avanzó. Hilda, tras él, fue siguiendo cada uno de sus movimientos.

Por fin, Dolan asomó lentamente la cabeza, mirando a la cala.

Allí estaba el embarcadero y la motora amarrada a su extremo. Al pie del espolón artificial se alzaba una trampa para merodeadores confiados.

—¿Dónde cree que pueden estar? —preguntó Will, volviéndose a medias hacia la mujer.

La expresión de ésta le sorprendió. Aun en la oscuridad, su figura tenía un aspecto triunfal y provocativo que inquietaba.

El muchacho bajó la vista y sus ojos resbalaron por el brazo femenino, hasta encontrar el arma que Hilda empuñaba.

—Hemos llegado, agente Will Dolan. Siempre la mujer es más lista.

Will no habló, de momento.

—¿No dice nada, americano?

—No lo creo necesario Ha jugado muy bien su papel, Hilda Braun. Sólo lamento haber sentido piedad por usted mientras me contaba su drama... fingido. Tiene una excelente imaginación.

—No lo crea; casi todo es verdad, salvo mi historia personal. No me gusta mentir, y no por virtud, sino porque la mentira sólo engaña a los tontos y a los que carecen de medios para comprobar si lo que se dice es cierto. ¿No va a incorporarse con las manos en alto, agente?

Will se levantó poco a poco, mostrando sus palmas vacías.

La luna, que asomaba en aquel instante, iluminó la ancha y cruel sonrisa de Hilda.

—Ya ve que no le ha servido de nada su pistola, Dolan. No se mueva, por favor —y balanceó la automática que sostenía firmemente en la diestra.

Curvó sus labios en un silbido modulado y otro silbido no muy lejano pareció hacerle eco. Unos instantes después, aparecían dos sombras tocadas con un fez cada una.

—Buen trabajo, Hilda —dijo uno de los hombres en árabe.

—Cuidado con él —advirtió la mujer, rápidamente—. Es peligroso y lleva una pistola en el bolsillo derecho de su chaqueta.

Los dos árabes se le acercaron, y uno le clavó algo duro en los

riñones.

—Un movimiento y le dejaré bien muerto —amenazó en inglés detestable.

El otro le sacó la pistola del bolsillo y la sopesó en su mano.

—Buen juguete.

Hilda ordeno:

—Llévalo al embarcadero, no perdamos tiempo. Hulaifa está esperándole.

Los dos hombres se situaron a ambos lados del muchacho.

—Si usted no avisó a la policía, ¿quién lo hizo, Hilda?

—Una de las chicas —respondió agriamente—. Pero, ya ha recibido su merecido. Por fortuna, no carezco de imaginación y he sabido aprovechar esa circunstancia.

La alemana se encaró con Will, fríamente, acto seguido.

—Voy a hacerle una advertencia, Dolan —añadió—. Su suerte depende de usted mismo. Ninguno de estos muchachos vacilará un segundo en matarle, a la menor resistencia ofrecida por usted, y yo misma lo tumbaría de ser necesario. Le conviene dejarse llevar hasta entrevistarse con Hulaifa. Él tiene una proposición que hacerle.

—¿Qué clase de proposición?

—Ya lo verá.

—Imagino que tratará de unirme a la Organización, ¿me equivoco?

Ella vaciló, pero acabó por admitirlo.

—Puesto que lo dice, así es. No somos avaros con el dinero y sabemos pagar muy bien, incluso a los policías. No es usted el primero que compramos. Ello ahorra una serie larga de inconvenientes, y todos salimos beneficiados. Si es usted listo aceptará la oferta, y si no lo hace, esta noche los peces le devorarán las entrañas.

—Según eso, creo que deberé aceptar.

—Tendrá tiempo de pensarlo, pero no imagine que podrá engañarnos, quien se une a nosotros jamás queda libre. Una de las pruebas a que le someterán para que sea eternamente fiel a la Organización, es el asesinato de una de las mujeres que están en nuestro poder. Tendrá que hacerlo ante testigos y luego firmará una declaración en la que reconozca su crimen. Eso nos convencerá de

que está decidido a servirnos...

La voz de Hilda sonaba con crueles estridencias, y Will no pudo contener un estremecimiento al tiempo que en su pecho crecía un implacable impulso vindicativo.

—¿También el capitán Nadim se ha sometido a esa prueba?

Hilda fue pillada por sorpresa.

—No; él es demasiado honrado, pero no dejará de lamentarlo. ¡Y basta de charla!

Los dos árabes le impulsaron, sujetándole uno de cada brazo. El muchacho se dejó llevar, luchando por aplacar la tormenta de su pecho.

Una docena de pasos le bastaron para serenarse, y entonces reflexionó con rapidez Hilda Braun, como pensara antes de iniciar el viaje en el taxi, pertenecía a la Organización. Deliberadamente se había dejado llevar hasta allí, conociendo la traición, pero decidido a llegar hasta el mismo cubil de la banda.

Los pasos de sus captores rechinaban contra la gravilla de la playa. El embarcadero se prolongaba como un dedo rígido en la noche, señalando un final tenebroso para el muchacho.

Hilda exclamó:

—Otra vez habéis dejado encendidas las luces de la casa.

—Iré a apagarlas —dijo uno de los árabes.

Pero la alemana replicó, áspera:

—Lo haré yo. Vosotros cuidad de él.

En el mismo embarcadero se detuvieron. Bajo él, las olas lamían los pivotes que lo sostenían, con tétrico rumor. Hilda desapareció en la noche y Dolan inspiró hondo.

Sentía las manos de los árabes en sus brazos, dominadoramente. Ellos no parecían dispuestos a ceder en su estrecha vigilancia, conocedores de su oficio.

La alemana debió llegar a la casa, porque la luz que salía por las ventanas se apagó súbitamente.

Y Will flexionó todo su cuerpo.

Fue sumamente rápido su ataque, y exento de piedad. Los árabes fueron a lanzar un grito de alarma, pero no llegaron a emitirlo.

La diestra del agente cayó sobre una nuca, ferozmente, y el árabe se desplomó como res alcanzada por el mazo del matarife. Su compañero volvió la pistola hacia Will, pero éste le alcanzó con una

patada al vientre que lo sacó fuera del embarcadero.

El cuerpo se hundió en el agua, sin apenas ruido, para no salir con el pie, Will empujó fuera de las tablas al asesino al que había alcanzado en primer lugar, y aquel cuerpo también desapareció en las aguas.

Luego, de un salto, el muchacho se desplazó de allí, agazapándose en el suelo arenoso, al amparo de los pivotes clavados en la playa.

Unos zapatos hicieron crujir la grava, y Will se tensó como un felino presto al ataque.

Hilda avanzaba con paso vivo, balanceando el bolso.

—No dije antes mi última palabra, Hilda —exclamó de pronto el muchacho, saliendo ante ella.

La aventurera lanzó una exclamación, y buscó su pistola, pero él fue más rápido, y la mano golpeó el cuello femenino con escasa delicadeza.

La alemana se desplomó inconsciente en brazos del agente, que la arrastró hacia la casa, satisfecho por dominar de nuevo la situación.

Era una cabaña muy bien construida y que no carecía de comodidades. Constaba de un dormitorio con cuatro literas y un salón-comedor que resultaba confortable. En un rincón, Will identificó un aparato transmisor de radio y lo observó en silencio. La banda lo utilizaría sin duda para comunicar con sus diferentes enlaces y con el barco.

En un rápido examen comprobó que no había allí nada comprometedor. Seguramente a ojos de las autoridades, aquella casita con su embarcadero figuraba como lugar de recreo de algún deportista amante del mar.

En un cajón encontró un fajo de mapas y cartas marinas, que examinó con atención. Primeramente grabó en su mente la situación de aquella cala y luego pasó a examinar otra carta de aquella parte del Mediterráneo, donde habían sido marcados unos puntos con lápiz rojo. Un rápido cálculo le hizo saber que eran situaciones fuera de las aguas jurisdiccionales de El Líbano, y sonrió.

—Diferentes situaciones del barco, sin duda correspondientes a distintos días de la semana —interpretó, para sí.

Hilda se removía y Will se acercó al sillón al que la había

arrojado.

La mujer emitió un gemido y se pasó la mano por la frente. Luego abrió los ojos, y parpadeó deslumbrada por la potente luz de gas butano que hirió sus ojos.

—Lamento haber sido un poco rudo —se condolió el muchacho.

La alemana recordó de pronto y saltó del sillón.

Pero el agente bloqueó su acción interponiéndose ante ella, y luego la empujó con rudeza al sillón, donde ella rebotó dolorosamente.

—Ésta es una lucha sin cuartel, Hilda. Hace unos minutos usted me hablaba de mi muerte con absoluta frialdad y, ¿qué piensa que puedo hacer ahora con usted?

Ella apretó los labios y éstos adquirieron un trazado duro.

—No me gustaría estar en su lugar, Hilda. No piense que va a escapar, así que haga contricción y dispóngase a colaborar.

—Mi padre murió a manos de un policía, y desde entonces he buscado todas las formas posibles de vengarme practicando cualquier clase de delito. No piense que puede atemorizarme.

Will la miró con lastima.

—Lo lamento, Hilda, pero sin duda el padre de usted mereció aquel final.

Ella cruzó las piernas con serenidad.

—Estoy detenida, ¿no?

—Exacto.

—Tengo derecho a un abogado; hasta entonces no responderé a ninguna pregunta.

Will se inclinó sobre ella y de un zarpazo la sujetó de la rubia melena.

—¿De verdad cree que eso va a detenerme? Estamos en un lugar alejado de la civilización, y puedo practicar en usted una docena de procedimientos para hacerla hablar —afirmó, mordiendo las palabras.

Ella no se inmutó.

—Inténtelo.

La soltó con desprecio.

—Cuando me abordó a la puerta del hotel pensé que usted era miembro de la banda, pero luego, cuando escuché de sus labios esa patética historia llegué a reprocharme mi desconfianza, ante tanto

sufrimiento... ¡Qué ruin es usted, Hilda!

—Así, ¿usted sabía que le llevaba a una trampa, y se dejó caer en ella?

—Efectivamente.

—Se cree invencible, ¿no?

—No voy a prolongar esta charla, Hilda. Usted espera que venga en su ayuda alguno de los dos árabes que me destinó como guardianes, pero ninguno de ellos podrá salir jamás del mar. Vamos. La llevaré a dar un paseo romántico a la luz de la luna.

La obligó a, incorporarse y recorrió con la vista su cuerpo, cubierto por un fino traje sastre.

—¿Tiene más armas, Hilda?

—Regístreme, si lo desea —incitó.

—Vaya delante —optó.

Apagó la luz y se guardó las cartas marinas. Luego fue tras ella, sin perder uno solo de sus movimientos.

—Usaremos la motora —decidió él.

Sus pasos resonaron en el embarcadero de madera y cuando ella iba a descender a la embarcación, la mano de Will entró en acción, golpeando el cuello femenino, con no excesiva dureza.

Hilda se desplomó como sin vida y el muchacho la acomodó en el fondo de la motora, donde la amordazó y ató.

—No me gustan las interrupciones —susurró como si ella pudiera oírle.

Unos instantes después, el motor petardeaba alejándose de la playa.

CAPÍTULO V

El capitán Nadim miró a Hilda, sentada muy rígida en una dura silla de madera ante su escritorio, y mostrando en su rostro demacrado las huellas del trato de Will.

—Hilda Braun —y el policía libanés pareció relamerse—. Hacía tiempo que íbamos buscándola —declaró, mirando al muchacho—: Un magnífico trabajo.

—Ella tiene mucho para contarnos, capitán Si puede hacerla hablar nos será de mucha utilidad lo que diga.

La alemana apretó los labios, y el capitán se encogió de hombros.

—No podemos perder demasiado tiempo si queremos capturar ese barco.

Se levantó y pulsó un zumbador. Un policía de uniforme entró, y Nadim dio las órdenes precisas para que Hilda quedara incomunicada hasta su regreso.

Luego salieron del edificio de la policía, montando en un automóvil oficial.

—Tres lanchas rápidas nos aguardan en el puerto, Dolan, junto a la motora que usó usted para regresar a Beyruth En ellas tengo a treinta hombres. ¿Ha pensado cómo nos adueñaremos del barco y de su cargamento?

—Sí.

—No será fácil Ellos juegan con la ventaja de estar situados fuera del límite de las aguas.

—Haremos que el barco entre en la zona peligrosa.

—¿Cómo?

—Girando el timón.

El capitán parpadeo.

—¿Está loco? ¿Pretende meterse en la misma boca del lobo usted solo?

—Ese barco contiene mujeres destinadas a la esclavitud, y un abundante contingente de drogas. ¿Cree que por mucho peligro que exista voy a retroceder ahora?

El policía le palmeó la rodilla.

—Iremos con usted, aunque ello nos cueste la pérdida de nuestros cargos; un leguleyo podrá interpretar nuestra acción como acto de piratería, pero nosotros sabemos que es justicia.

Media hora después salían del puerto las tres motoras. El piloto de la que iba en cabeza estudió las cartas marinas tomadas por Will y asintió:

—El barco navega siempre fuera de nuestros límites. Estos puntos señalan su derrota, y esta termina en. El Cairo Deberemos darnos prisa porque si llegaran a sospechar nuestra acción se nos escaparían de entre las manos, refugiándose en Egipto.

—Reviente los motores —ordenó el capitán Nadim—, pero dele alcance.

Will encendió un cigarrillo, tras ofrecer al policía y al piloto, y los tres permanecieron en la cabina, en silencio Los motores de las tres embarcaciones rugían en la noche, cortando las negras aguas con firmeza.

Transcurrieron así un par de horas, hasta que el piloto que oteaba a través de uno de los ventanales, exclamó:

—¡Creo que lo tenemos ante nosotros!

Paró el motor y las otras dos embarcaciones hicieron lo propio. Las lanchas continuaron avanzando, impulsadas por la velocidad de que estaban animadas, hasta que poco a poco fueron deteniéndose.

El capitán Nadim tomó otros prismáticos acondicionados para la noche y miró también al lugar indicado por el piloto, quien cedió sus gemelos a Will.

En efecto, a bastante distancia se hallaba anclado un barco con sus luces apagadas, cosa que violaba todos los códigos de navegación. Solamente en el cuarto de derrota brillaba de vez en cuando una luz, accionada por el oficial de guardia cuando comprobaba la posición en que se encontraban.

—Bien, señores, ha llegado nuestra hora. ¿Quién me acompañará? —preguntó Will.

El capitán decidió:

—Yo mismo y dos hombres más. El resto permanecerán aquí,

con las armas en las manos, dispuestos a intervenir. Cuando nos hayamos hecho dueños de las máquinas, los demás intervendrán a una orden nuestra.

Una vez de acuerdo los jefes de las otras lanchas, un bote fue deslizado hasta el agua y los cuatro hombres se instalaron en él, accionando los remos.

Tuvieron que realizar la operación en el máximo silencio. Por fortuna, el mar estaba algo agitado y el choque de las olas contra el barco producía suficiente raído para ocultar el chapoteo de los remos.

Por fin se encontraron en la línea de navegación del barco y a su amparo cubrieron los últimos metros hasta llegar a la cadena del ancla.

Will fue el primero en incorporarse. Un cuchillo brilló a la luz de la luna, sujeto entre sus dientes, y aferrando la cadena se izó a pulso.

Cuando estuvo en cubierta, hizo una señal, y, uno tras otro, el capitán y los dos policías ascendieron también.

Agazapados tras un bote salvavidas, los cuatro hombres examinaron atentamente la cubierta. A unos seis metros, un centinela hacía guardia acodado en la borda opuesta.

—Yo me encargo de él —decidió el muchacho.

Reptando por cubierta, se aproximó al marino, que no sospechaba en absoluto lo que le aguardaba.

Lento, Will se incorporó, cayendo sobre la espalda del centinela. Una mano cubrió la boca que trataba de emitir un grito de alarma, mientras la otra asfixiaba.

Un golpe contundente acabó con la resistencia del individuo, que rodó por el suelo. Con un bramante, Will le ató las manos a la espalda, y con el pañuelo de su víctima le amordazó.

Nadim y los otros dos policías le siguieron.

Ante la puerta del cuarto de derrota se detuvieron, vigilantes. El silencio continuaba y ninguno de los tripulantes del barco sospechaba lo que estaba ocurriendo.

El muchacho hizo girar la manecilla de la puerta y entró, seguido de los demás. El oficial oyó algo y se volvió.

—¿Quién?...

Fue todo lo que pudo decir. Dolan le asestó un puñetazo en la

barbilla que acabó con su alarma en el acto.

Reducir al timonel fue aún más sencillo, y cuando todo estuvo en sus manos, Will pidió al capitán Nadim:

—Hágase pasar por el oficial y ordene a través del tubo acústico a los maquinistas que pongan las máquinas a toda presión. Yo me encargaré del ancla y del timón.

Unos minutos después, el barco estaba lleno de policías que esposaban a los soñolientos tripulantes, quienes no habían tenido tiempo siquiera de intentar una defensa.

En un taxi regresaron al hotel cuando amanecía. Will saltó el primero a la acera, tras dejar un billete en la mano del conductor, y luego ayudó a Inge.

La muchacha salió del vehículo, mostrando sus rodillas sonrosadas. Su falda oscura aparecía arrugada y el suéter tenía aspecto de viejo. Pero su rostro mostraba realmente el dramatismo de las horas sufridas.

—Venga, la acompañaré hasta su habitación —dijo el muchacho, tomándola del codo y haciéndola entrar en el hotel.

El portero nocturno les abrió las puertas del ascensor y pulsó el botón, enviándolos al piso donde estaba la habitación de la muchacha.

A solas con Will en la caja del ascensor, se alisó los cabellos, suspirando.

—Gracias por todo, señor Dolan —dijo con un hilo de voz.

—No es necesario que las dé, Inge. A cambio le pido que otra vez no sea tan atrevida.

Ella bajó la cabeza.

—Ya les he dicho al capitán Nadim y a usted la razón de mis actos: he venido de Oslo buscando a mi hermana; ella desapareció hacía varios meses aquí, en Beyruth. Era modelo y vino con otras maniqués a presentar una colección de alta costura, pero desapareció. La policía se mostró incapaz de solucionar el enigma de su desaparición, y decidí seguir sus mismas huellas, valiéndome de mi título de «Miss Noruega».

El agente movió la cabeza.

—Fue una locura.

—Sin embargo, no puede decirse que estuviera equivocada —recordó, con implícito orgullo.

—Cierto; y su acción sirvió para hacerme sospechar. Siguiéndola a usted hemos realizado una buena redada, y hemos salvado a quince mujeres que viajaban a bordo de ese barco.

El ascensor se detuvo en el piso correspondiente a la habitación de Inge.

Will abrió las puertas y salió. Una pareja intimaba cerca de allí. Él no tenía tipo arrogante, pero abrazaba a la beldad con entusiasmo, y a ella no parecía disgustarle. Al oír las puertas, ambos se volvieron y Will identificó a «Miss Estados Unidos», Corine Robinson, cuyo rostro arrebolado estaba muy próximo al de Aristarkos.

El magnate se separó precipitadamente, arreglándose el lazo de su *smoking*.

—Ejem... Buenas noches, señorita Robinson —deseó en voz alta, inclinándose torpemente ante la hermosa norteamericana, que desapareció en la habitación a cuya puerta se encontraban.

Inge salió del ascensor y Will cerró las puertas, reenviándolo. Aristarkos, que se acercaba a ellos, quedó sorprendido al ver a la muchacha.

—¿Usted? —Y quiso sonreír—. Su delegado, Birger Hagen, me comunicó que había decidido usted regresar a su país, señorita Stenersen...

Will taladró con su mirada al magnate del petróleo.

—¿Dónde ha pasado la noche, señor Aristarkos? —preguntó.

El presidente del Jurado se engalló, alzándose sobre sus cortas piernas.

—Es una pregunta impertinente, Dolan. ¿Qué derecho tiene usted para hacerla?

El muchacho tomó del codo a Inge y la empujó, haciéndola caminar sin responder a la pregunta del airado Aristarkos, que pulsó rabioso el botón del ascensor.

Una vez en la habitación de Inge, el agente declaró:

—Su equipaje no se encuentra aquí, Inge. Según Birger Hagen usted había regresado a Oslo, y lo había pedido desde el aeropuerto.

—¿Hagen? —Paseó la mirada por la habitación—. Ese hombre...

—Está complicado en este tráfico inmundo, lo adivino. Pero ¿puede proporcionarnos usted alguna prueba?

—Mi declaración, únicamente. Sorprendí una conversación entre

Sonia Vicklund y él en el avión, mientras veníamos de París Ellos viajaban en el asiento posterior al mío, y Birger le decía a «Miss Suecia» que se pondrían en contacto con la Organización haciendo sonar el disco de «Mustafá» en el bar del hotel y eso fue lo que hice en cuanto me fue posible. Algo en ellos me hizo sospechar.

Will asintió.

—Usted se adelantó a Sonia Ella apareció en el bar poco después de marcharse usted a raíz de la llegada de aquél árabe del fez rojo. ¿Qué le dijo?

—Sólo estas palabras: «Acuda a “La Cueva”, en el puerto»».

El americano sacó un paquete de cigarrillos, que ofreció a Inge. Ésta tomó uno y se inclinó para aplicarlo a la cerilla encendida por el muchacho. En este simple gesto sus manos se rozaron, y Will sintió un estremecimiento al contacto de aquella piel suave y perfumada.

—¡Qué loca ha sido!

—Lamento únicamente no haber encontrado a mi hermana —susurró, dejándose caer en una butaca y cruzando sus piernas—. Imaginaba que tendría más suerte.

—Y la ha tenido; puede darse por satisfecha de haber salido con bien de la aventura.

—No me importan los riesgos Los correría mayores si supiera que habría de encontrar a Tama.

Will sacudió la cabeza.

—Deje de cavilar sobre eso. Ahora la policía anda sobre la buena pista, y la intervención voluntaria de usted sólo serviría para entorpecer las cosas Usted tiene que dormir, Inge, dormir y esperar Quizá alguno de los tripulantes detenidos pueda dar a la policía libanesa informes de interés, a pesar de que no ha caído en nuestras manos ninguno de los miembros importantes de la banda.

Se dirigió a la puerta Un sol dorado y suave asomaba por el horizonte, iluminando la misteriosa Beyruth El muchacho arrojó el cigarrillo a un rincón.

—Will —llamó ella.

Y tras él escuchó pasos suaves.

Se volvió Inge se había descalzado y el cierre relámpago de su falda se había soltado. Aun con aquellos cercos violáceos de sus ojos, Inge era fabulosamente hermosa, y tan atractiva como un

felino.

La tuvo contra su pecho antes de que adivinara las intenciones de la muchacha. De pronto, los dieciocho años de Inge, plenos de vida, se abalanzaron sobre él y unos labios sin carmín le besaron ardorosamente.

—Nena... —susurró él.

—Cuidate —pidió ella, empujándole al pasillo.

La puerta se cerró y Will tuvo que pasarse una mano sobre la frente sudorosa para reponerse.

En el pasillo solitario reflexionó unos instantes y luego se puso en movimiento. Una llamada a recepción le bastó para conocer el dato que precisaba, y silencioso como un gato se deslizó por el pasillo del piso superior, donde estaba su habitación.

Entró en ella y la cruzó rápidamente, saliendo al balcón corrido. Una vez en él se movió con mayor rapidez.

Hasta encontrarse ante el balcón de la habitación que le interesaba.

El calor obligaba a mantenerlo abierto, y dentro Birger Hagen se afanaba disponiendo su equipaje.

—¿También de regreso a Noruega, Birger, como Inge Stenersen? —saludó.

El delegado nórdico saltó, violentamente sorprendido. Sus ojos reflejaron un odio inmenso y su mano voló al sobaco para cerrarse sobre la culata de alguna arma.

Pero en la mano de Will pareció cobrar vida una navaja de resorte que salió disparada con violencia, centelleando en el aire del amanecer.

La hoja acerada atravesó la tela de la chaqueta a la altura del hombro, clavándose en la pared más próxima.

—Cuidado, Birger Hagen. Puedo matarle por simples sospechas y nadie me reprochará haberlo hecho. Está descubierto y va a venirse conmigo. Soy de la Interpol.

Una palidez cadavérica cubrió las facciones enrojecidas del delegado nórdico, que se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Creo que... se equivoca.

—En absoluto. Hay demasiados cargos contra usted —afirmó, aproximándose al ocupante de la habitación.

Le sacó un revólver del sobaco y le arrancó la navaja, que volvió a saltar dócilmente en su mano.

—Le acaban de comunicar que Inge Stenersen está en el hotel, sana y salva. Eso quiere decir que el barco «Estrella», o «Quilla de Oro», o «Céfiro», como quiera llamarlo, ha caído en manos de la policía con todos sus tripulantes y cargamento. Lo cual es el principio del fin. ¿Quién le ha avisado?

—Nadie.

¡Zas!

La bofetada de través alcanzó al noruego en plena boca, y su contundencia fue tal que lo arrojó por el suelo, como un pelele.

—En casos como éste no conocemos piedad los policías, Hagen. Usted y unos cuantos canallas de su palea han estado enriqueciéndose a costa del dolor y del envilecimiento de numerosas mujeres y de incontables adictos a las drogas, y ello nos da pie para olvidarnos de que ustedes son también personas. ¡Hable, Birger Hagen, o por el mismo diablo que lo abriré en canal sobre esa alfombra! —rugió.

El individuo tembló, aterrado, pero no despegó los labios. Will se le acercó, lento, y Hagen trató de incorporarse, pero una patada al pecho le arrojó de nuevo, de espaldas.

El pie del muchacho aprisionó la garganta del canalla contra el suelo.

—Voy a destrozarlo, Birger Hagen. ¿Quién le avisó? Aún dudó el noruego, pero se decidió en vista de la presión del pie en su garganta.

—Recibí una llamada telefónica.

—¿De quién?

—De Mustafá.

—¿Quién es Mustafá?

—No lo sé ¡Lo juro! —jadeó, casi asfixiado.

—¿Qué le dijo Mustafá?

—Que recogiera mis cosas y saliera del hotel inmediatamente. Un coche me espera a la puerta y me conducirá a lugar seguro.

Will retrocedió, liberando la garganta.

—Iremos a ese lugar seguro. Dese prisa.

Hagen abrió mucho los ojos, pero obedeció y cerró las maletas. Unos minutos después estaban en el *hall* del hotel, y un criado

sacaba el equipaje del edificio, poniéndolo en la acera Hagen fue con él, y Will quedó cubierto por una de las puertas, advirtiéndolo:

—Si trata de avisar a sus amigos, Hagen, le mataré de un balazo en la cabeza.

El chasquido de la palanca del seguro fue suficiente para que al indeseable le temblara todo el cuerpo, mientras aguardaba la aparición del coche.

Pero pasaron los minutos sin que éste apareciera, y el noruego se volvió hacia Will como pidiéndole instrucciones.

El muchacho apareció empuñando el arma dentro de su bolsillo.

—Sus amigos han sospechado algo, y no han aparecido, dejándole a su suerte —comentó, situándose junto a él—. No importa; yo conozco otro lugar seguro para usted: la cárcel.

Hizo señal a un taxi que pasaba libre en aquel momento y subieron en él, dando la dirección de la sede de la policía.

—Ya ve que no tiene escapatoria, Hagen —recordó el muchacho—, así que le aconsejo colabore con nosotros. ¿Cuál era su misión dentro de la banda?

Hagen aparecía hundido, con la cabeza baja y las manos entrelazadas con nerviosismo.

—Me encargaba de la distribución de las drogas en los países nórdicos y buscaba «contratos de trabajo» para muchachas que quisieran labrarse un porvenir en el sur.

Will sintió asco.

—Usted proporcionaba género para los traficantes, ¿eh?

Hagen asintió mudamente.

—¿Y Soma?

—Era mi colaboradora; iba y venía de París a Oslo.

—¿Quién la mató? ¿Usted?

Negó el indeseable.

—No, yo no soy un asesino... La Organización se encargaría de hacerlo, imagino, por haberse descuidado con Inge. Se retrasó en bajar al bar y dio tiempo a que el enviado de Mustafá se pusiera en contacto con Inge.

—¿Qué es lo que tenía que hacer Sonia?

—Aguardar a que llegara un árabe de fez rojo que aparecería cuando sonase en la gramola «Mustafá». Él le diría a qué lugar tenía que dirigirse para recoger cinco kilos de heroína. Luego la

trasladaríamos a Noruega aprovechando el avión especial del Concurso para la elección de «Miss Mundo».

Todo encajaba, quedando claro.

—¿Cómo es posible que usted sea de la Organización y no conozca al jefe?

—Son medidas de precaución.

—¿Cómo se entienden con las órdenes y los pagos?

—Las órdenes las recibo por carta o por teléfono, y el dinero circula por intermedio de distintos Bancos.

—¿También Eija Saarinen pertenece a la banda?

Negó Hagen.

—Ella es ajena a todo.

Llegaban a su destino, y Will llamó al policía que montaba guardia ante la sede de la policía libanesa, que se hizo cargo del detenido, así como de su equipaje. El capitán Nadim todavía estaba en su despacho, abrumado por el interrogatorio de los detenidos en el barco. Al ver a Will acudió a él en mangas de camisa y chorreando sudor.



—Esta noche los peces le devorarán

—¡Ninguno de estos individuos sabe nada! —Casi chilló—. El único responsable, Hulaifa, se marchó en una motora antes de que llegásemos nosotros... ¡Y que el diablo me lleve si sé quién es Hulaifa!

—Cálmese, capitán Le he traído un buen punto al que podrá

sacarle algo de provecho en cuanto le dedique unos minutos. Lo tiene uno de sus hombres y presumo que lo habrá encerrado.

Nadim salió de su despacho y fue al departamento de celdas. El policía al que entregara Will el detenido regresaba con una llave en la mano.

—Está en la veinticuatro, capitán.

Will informó:

—Es Birger Hagen —y le contó a grandes rasgos el resultado del interrogatorio preliminar.

Regresaron al despacho y Nadim informó:

—He mandado a las quince mujeres al hospital Nacional para que se recuperen, y en cuanto haya concluido el atestado las devolveremos a sus lugares de origen. En el barco había también un impresionante cargamento de drogas, ¡pero no tenemos ni rastro del cerebro de la banda!

—Mustafá aparecerá tarde o temprano: lo estamos acorralando.

Se dejó caer Nadim tras su escritorio y abrió un cajón para sacar dos botellas de cerveza. Con un abridor las destapó y ofreció una a Will.

—He obtenido algunos resultados, Dolan. Usted me pidió que arańáramos en el pasado de Kurt Werner, el periodista.

—Sí.

—La información la obtuvo de uno de mis agentes, que tendrá tiempo de lamentar esa indiscreción... suponiendo que sea una simple cesión de datos secretos. Pero hay más.

—Suéltelo, capitán. Estoy agotado y me gustaría descansar algo antes de reemprender la investigación.

—Kurt Werner está casado desde hace cuatro años. Adivine con quién.

Will avanzó el torso, dejando sobre la mesa la botella de la que estaba bebiendo.

—Su mujer es Corine Robinson, «Miss Estados Unidos» —concluyó el policía—. ¿Le sorprende? También a mí: yo creía que a estos concursos de belleza sólo podían acudir mujeres solteras.

—¿Qué sabe de Aristarkos? —dijo el muchacho.

—No irá a pensar...

—No pienso nada, pero ese griego caduco gusta demasiado de las mujeres bonitas, y precisamente hace una hora estaba besando a

Corine Robinson, a la puerta de la habitación de ésta en el hotel.

El aire de los pulmones del capitán silbó al pasar por la garganta.

—¡Cielos! Teníamos que topar con Aristarkos, cuya influencia alcanza a todos los círculos políticos del cercano Oriente Nadie puede calcular su fortuna, ni el volumen de sus negocios petrolíferos. ¿Quiere arruinar mi vida, muchacho? Si levanto un dedo contra Aristarkos será tanto como si cavo mi propia fosa para enterrarme vivo en ella.

—No le pido tanto por ahora, capitán. Sólo deseo eliminar probables sospechosos. ¿No le hace pensar que el Concurso de este año sirva para este tráfico inmundo? Sólo el organizador del certamen tiene influencias para designar delegados o representantes con entera impunidad...

—¿Aristarkos convertido en jefe de la banda? —Y el policía sacudió la cabeza, mientras de su frente resbalaban hilillos de sudor —. No, imposible. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Dinero.

—Aristarkos tiene oro suficiente para comprar medio mundo.

—¿Cómo lo ha obtenido?

—Con el petróleo, todo el mundo lo sabe.

—Yo no, capitán. No me sirve lo que todos suponen, sino lo que está absolutamente comprobado. Necesito saber todo lo referente a ese hombre: de dónde procede su fortuna, qué capital se le considera, cuáles son sus negocios actualmente, qué socios tiene, dónde reside, cuál es su esposa si está casado, antecedentes policíacos si los tiene... En fin, todo Búsquemelo, capitán... y en muy pocas horas. Yo necesito descansar.

Nadim puso gesto apesadumbrado.

—Será nuestra ruina —ululó.

—Le prometo no complicarle en esto, si no hay más remedio, capitán Nadie puede reprocharle por buscar antecedentes. Con ellos en la mano, yo actuaré.

Se incorporó y contuvo un bostezo.

—Avíseme al hotel cuando obtenga los datos —pidió.

Un instante después estaba en la calle El sol del nuevo día le dio en los ojos soñolientos, haciéndole parpadear.

Aquellas veinticuatro horas habían estado llenas de

acontecimientos y su cuerpo no podía resistir mucho más.

CAPÍTULO VI

En el hotel le dieron un sobre pequeño, al romper el cual salió una fina tarjeta de visita, delicadamente perfumada.

«Necesito hablar con usted sobre el asunto en que se ha visto envuelto. Es urgente.

»*Eija Saarinen*».

Era cuanto decía el breve mensaje. Will miró la hora en su reloj de pulsera, comprobando que eran las seis y media de la mañana.

Se pasó la mano por las mejillas, que necesitaban un rasurado perfecto y contuvo un bostezo de fatiga. En el ascensor se miró en el espejo, y el cristal pulido le devolvió la imagen de un Will Dolan agotado hasta la extenuación, macilento y con bolsas violáceas bajo los ojos.

Se alisó el corto cabello y salió al pasillo del piso donde estaba la habitación de «*Miss Finlandia*». Su aspecto no era el más apropiado para una entrevista con una mujer de la belleza de Eija Saarinen, pero aquélla no iba a ser una recepción galante.

Golpeó con los nudillos en la puerta y aguardó unos segundos, tendiendo el oído para captar el rumor de los pasos femeninos al otro lado de la puerta. Pero éstos no llegaron y tuvo que repetir la llamada, más fuerte.

—Un sueño pesado —murmuró.

La tercera vez sus golpes fueron más sonoros, y la puerta contigua se abrió unos centímetros. Will miró en aquella dirección y entonces aquella puerta se abrió por completo.

—¿Es a mí a quién buscas, Will? —preguntó Inge, cubierta con una enagua de nylon rojo.

El muchacho se acercó a la hermosa noruega.

—Es con Eija con quién deseaba conversar, nena. Me envió un mensaje urgente, pero tiene un sueño pesado.

—Quizá salió de la habitación; me ha parecido escuchar su puerta hace poco.

Will entró en la habitación de Inge, ostentando en su frente una profunda marca de preocupación.

—Acompáñame, Inge. Entraremos en la habitación de Eija por el balcón.

La muchacha posó en su brazo una mano cálida.

—No llevas buena vida, Will. ¿Todavía no te has acostado? No es bueno que vayas de un lado a otro mientras los demás duermen.

—El crimen no descansa, Inge.

Como un juguete caliente, ella se situó entre los brazos masculinos. Los rojos labios alcanzaron la barbilla masculina, luego la comisura de la boca y por fin los labios en un beso apasionado.

El muchacho la retiró sin rendirse definitivamente.

—Perdona, nena. Esto otro corre prisa.

Atravesó el balcón y lo recorrió hasta situarse ante la habitación de Eija.

Tras su espalda sintió removerse el cuerpo de la rubia noruega y luego su estremecimiento horrorizado.

Will la sujetó de los hombros, cubriéndole la boca con la mano para impedir que gritara.

Porque «Miss Finlandia» yacía sobre la alfombra, sobresaliéndole por la espalda el mango de una navaja de matón de puerto La acerada hoja había atravesado la fina batista del camisón, abriendo una espita por la que había escapado la vida de la muchacha, junto con ríos de sangre roja.

—Cálmate, Inge No quiero dar la alarma todavía.

Entró, llevando aún del brazo a la horrorizada muchacha.

Eija estaba muerta, y su equipaje había sido revuelto, en busca de algo, sin duda. El asesino había tenido conocimiento del mensaje de «Miss Finlandia» y había cerrado aquella boca peligrosa.

¿Qué podía haber sabido aquel cadáver de la que había sido prototipo de la belleza finlandesa?

Miró en torno La habitación contenía los objetos característicos en una mujer como Eija, y no parecía que nada pudiera ser significativo. La muerte de Eija había sido instantánea y por

sorpresa, a juzgar por su actitud Quienquiera que la hubiese asesinado tenía confianza en ella, pues no se da entrada en una habitación a persona desconocida.

¿Alguna persona perteneciente a la organización del Concurso?

Un desfile de nombres y rostros pasó velozmente por su mente, y, encogiéndose de hombros, se llegó hasta la puerta.

No estaba cerrada con llave y al girar la manecilla se abrió con suavidad El asesino había salido por allí, limitándose a cerrar de golpe.

Mu o al exterior, y escondió la cabeza rápidamente, pecando la hoja a su quicio.

—Deprisa, Inge Tienes que ayudarme. Sal al pasillo e ingéniate las para entretener a la que sale en estos instantes de una habitación, mientras me adelanto a ella y salgo a la calle.

El rostro femenino se cubrió de palidez.

—¿Quién es?

—Corine Robinson.

La muchacha parpadeó.

—¿Crees que ella?... —no concluyó la pregunta.

—No puedo entretenerme ahora en explicaciones. ¡Retrásala cuánto puedas, sin que sospeche!

Sin otra palabra se dirigió al balcón, desde el que se deslizó como un gato al piso inferior. Una vez en él bajó por las escaleras saltando de dos en dos, hasta llegar al *hall*, donde se detuvo.

Casi tropezó con el camarero del bar, que ostentaba una expresión extraña Will se hizo a un lado para salir del hotel antes de que Corine apareciese en la escalera y le viese, pero el libanés le bloqueó el paso.

El muchacho achicó los ojos, fijándose mejor en el rostro del camarero con el que había hablado en el bar el día anterior.

—Déjame paso —pidió, secamente—. Tengo prisa.

El otro sonrió, pero no había amistad en sus ojos.

—Hay una persona que desea verle en el bar —declaró, sin hacer ademán de obedecer.

—¿Quién es?

—No dijo su nombre, señor. Por favor, venga conmigo.

Se apartó, ofreciéndole el paso en dirección a la puerta del bar Toda la maniobra se estaba llevando a cabo sin que el conserje se

percatara de lo que sucedía por la especial configuración del *hall*, que formaba allí un ángulo.

—Luego iré Ahora me es imposible.

—Es mucho mejor que lo vea ahora, señor —insistió el otro, con escaso sentido de la servidumbre—. Vaya al bar.

Aquello era una orden.

Will cedió aparentemente y empezó a caminar hacia la puerta del local. Dentro le aguardaría alguien, sin duda, cuyas intenciones podía adivinar.

Cruzó ante un espejo y con el rabillo del ojo pudo captar el gesto agresivo del camarero.

Se revolvió como una centella...

Su puño batió violentamente la barbilla del camarero, que cayó hacia atrás, soltando la pistola que empezaba a empuñar para asestarle un culatazo.

La alfombra apagó el ruido del cuerpo al caer, y Will lanzó una patada al rostro del indeseable, dejándolo definitivamente inconsciente.

Luego, tomándolo de los sobacos, lo trasladó hasta un armario empotrado, donde lo encerró con llave.

Acto seguido, corrió a la salida, apostándose en uno de los huecos de la fachada.

Cerca de medio minuto después apareció en la puerta Corine Robinson, ataviada con un traje sastre y sujetando firmemente un bolso de piel algo voluminoso. La mujer miró a ambos lados de la calle y alzó un brazo en cuanto divisó un taxi libre, que se detuvo ante ella en el mismo bordillo Will leyó la matrícula y cuando arrancó el vehículo buscó con la vista otro taxi, en el que montó:

—Le abonaré el doble de la carrera, si no pierde de vista a ese taxi —prometió al conductor en francés.

El libanés entendió perfectamente porque una ancha sonrisa sobre su rostro manifestó el contento que sentía por tamaña perspectiva.

Durante unos minutos la persecución continuó, sin que al parecer los ocupantes del primer taxi se percataran de ello El conductor del vehículo que conducía a Will debía conocer su oficio a la perfección porque se mantenía a intervalos a diferentes distancias, siempre sin perder a su perseguido, pero tampoco dando

la sensación de una estrecha vigilancia.

Al cabo de cierto tiempo el coche se detuvo en una zona de tipo residencial, donde se alzaban chalets rodeados de vallas y jardines, por la cual no transitaba nadie a tales horas.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó el taxista. Detenerse equivalía a informar a Corine de la persecución de que era objeto.

—Continúe sin prisas; yo me tumbaré al pie del asiento y usted bajará la señal de libre. Eso les despistará. Luego, cuando lo haya rebasado, deténgase en cualquier transversal para dejarlos pasar.

Estaba hablando cuando vio abrirse la puerta de una de las casitas y salir de ella un individuo alto y delgado, de piel cobriza y fez rojo, que Will identificó inmediatamente como el individuo que dio el mensaje a Inge en el bar del hotel Mediterráneo.

Una nueva excitación se apoderó del muchacho, que se agazapó en el asiento.

—¡Haga lo que le he dicho! —ordenó el conductor, con semblante indiferente, realizó la maniobra, y Will se ocultó tras el respaldo del conductor, pasando ante el taxi de Corine.

Mil pensamientos se agitaban en el cerebro del muchacho. Dentro del taxi perseguido parecían hablar animadamente Corine y aquél árabe del fez rojo. ¿Qué relación habría entre ellos?

El taxis frenó en una calle lateral, al abrigo de miradas indiscretas, y se volvió hacia el muchacho.

—Todas mis simpatías están con usted, señor. Una esposa infiel no es digna de un marido honrado y usted lo es. Nosotros repudiamos a las que no se comportan conforme al respeto debido al marido... y ustedes creo que también tienen procedimientos para anular esos matrimonios... Si lo necesita, yo declararé a su favor, señor.

Will tuvo que ocultar una sonrisa, aun en aquellos instantes dramáticos. El conductor tomaba aquella persecución como algo mucho más ingenuo que lo que era en realidad.

—Gracias, amigo —dijo tan solo.

El taxista insistió:

—Ella me ha parecido una señora muy hermosa, pero él es un árabe repugnante... —Se detuvo, acariciándose el negro bigote y se creyó en la obligación de explicar—: Me fijé en ellos al pasar...

No pudo continuar porque el taxi pasaba en aquel instante por la

calleja que los ocultaba.

—¡Rápido! —exhortó Will.

El chofer no necesitaba aquel acicate.

—Les seguiremos hasta el fin del mundo —prometió solemnemente.

Media hora estuvieron tras el taxi que conducía a Gorme y al árabe del fez Luego, en el centro de la capital se detuvo el vehículo, del que descendió el árabe.

—Preñe usted también —pidió Will al taxista—. Quiero seguir a ese hombre.

—¿Y va a dejar sin vigilancia a su esposa?

—Imagino que ella regresará al hotel, y es el hombre el que me interesa.

—No obstante, si usted lo desea, yo me ocuparé de seguir el rastro de su esposa, señor.

El agente sonrió imperceptiblemente.

—Se lo agradezco mucho, gracias, pero no es preciso.

Le estrechó la mano y saltó a la calzada El árabe iba a un centenar de metros delante de él. Dolan apretó un poco el paso para tenerlo más cerca y en unos instantes se situó tras el árabe.

Éste se desvió de la avenida por la que marchaban y torció por una calle más estrecha, de la que desvió a otra aún más sombría.

Will le dio alcance en aquel instante, aprovechando que no había nadie en las cercanías. —Un momento— ordenó.

El otro se volvió, achicando los ojos, y su mano se deslizó al sobare, pero Dolan tenía la suya en el bolsillo y alzó unos centímetros la pistola El cañón del arma se marcó bajo la tela y al mismo tiempo advirtió:

—Me asiste el derecho a disparar —y sonrió duramente—. Soy de la Interpol.

El árabe se inmovilizó, y el ojo izquierdo se estremeció en un tic repetido.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó en árabe.

—Usted conoce el inglés tan bien como yo, y en ese idioma hablaremos —declaró Will—. Queda usted detenido.

—¿Bajo qué acusación?

—No le importa de momento, aunque usted la adivina. Vengo siguiendo a Corine Robinson desde el hotel y les he visto a ambos

hablando muy amigablemente. Necesito que me transmita los extremos de charla tan interesante.

—No estoy obligado a ello.

Will se aproximó más al árabe.

Y de rápido movimiento le quitó un revólver que guardaba en el sobaco, en una funda apropiada.

—Usted es un ciudadano pacífico, ¿eh?

La burla encorajinó al árabe, que trató de alcanzar al muchacho con una patada al vientre, pero éste saltó de lado esquivándola. Al propio Lempo, su mano armada con el revólver cayó sobre la espinilla del indeseable, y el acero golpeó el hueso, arrancándole un grito de dolor. El árabe se encogió, pálido por el sufrimiento, instante que aprovechó el muchacho para cachearle con habilidad y sacarle una cartera que llevaba en el bolsillo.

Manteniéndose a distancia para evitar un ataque, buscó documentos de identificación personal y al leer el nombre su rostro se iluminó. —Hulaifa— silbó. El otro apretó la boca.

—Gusto en conocerle, Hulaifa —insistió Dolan—. Andaba buscándole, pero no podía imaginar que llegara hasta usted tan pronto. Hilda Braun me habló de usted en términos muy elogiosos.

—Debe tratarse de un error —fue cuanto dijo.

—Seguro, pero en todo caso ese error va a complicarle la vida hasta el fin. Escuche, Hulaifa. Hágase a la idea de que la Interpol ha desbaratado la Organización de ustedes. El pobre Faid y su local «La Cueva», desde el que expendían drogas, han pasado a la historia, Birger Hagen está en poder de la policía libanesa, lo mismo que Hilda Braun y el barco «Quilla de Oro» con todos sus tripulantes. Ello quiere decir que hemos desbaratado la banda en unas pocas horas. Si a ello añadimos que he descubierto la relación de Corine Robinson con la Organización y que usted está en mis manos, tendremos un cuadro completo, listo para que los jueces intervengan. ¿Piensa colaborar o prefiere que le arranquemos los secretos, uno a uno?

Vaciló el otro.

—No pueden probarme nada.

—¡Oh, sí que podemos! Hilda Braun tiene el cuello en peligro: intentó asesinarme, perpetró un rapto contra mí, y me habló de usted. ¿Qué oferta pensaba hacerme, Hulaifa? Tengo verdadera

curiosidad por conocerla —preguntó, en brusca transición.

El árabe parpadeó y luego empezó a sonreír.

—Empiezo a entender...

—¿Sí?

Hulaifa se animó.

—Bendigo a Alá por haber tropezado con usted, Dolan. ¿Es ése su nombre?

—Sí.

—Nosotros somos muy generosos, y...

—Hábleme con claridad.

—Un agente de la Interpol vale mucho dinero. ¿Le parecen bien mil dólares mensuales?

—Eso es calderilla —desdeñó.

—Está bien —suspiró—. Es preciso pagar la calidad: le daremos cinco mil todos los meses. ¿De acuerdo?

—¿A cambio de qué?

—Usted Va a dejarme marchar ahora, y además pondrá en libertad a Hilda Braun y a Birger Hagen; con los demás puede hacer lo que quiera porque no son peligrosos. ¿Cuánto tiempo le costará conseguir la libertad para mis amigos?

¡Zas!

La bofetada fue tan violenta que Hulaifa trastabilla a punto de caer, cosa que impidió la pared contra la que chocaron sus espaldas.

—Sucio —masculló—. Te has traicionado ante mí, y ahora no podrás negar ninguno de los cargos de que se te acusa.

El árabe profirió una maldición horrible y estuvo a punto de arrojarse solare el muchacho, pero la firmeza de éste le hizo reflexionar.

—Por salvarse, Hilda Braun te acusará, y a su vez tú acusarás a Corine. ¿Qué tiene que ver ella en esto?

Le tomó del brazo, sacándolo de la calleja. Por efectos del golpe, Hulaifa cojeaba con una mueca de dolor en su rostro.

—Ella me daba las órdenes.

A Will no le sorprendió aquella declaración.

—Así, Mustafá es «Miss Estados Unidos», ¿eh?

Hulaifa asintió.

—Corine Robinson es la responsable. Yo sólo he obedecido sus órdenes.

—¿Pretendes que te crea inocente?

—No estoy complicado en nada grave, palabra.

—Lo averiguaré, puedes estar seguro. Para empezar, ¿quién asesinó a Faid?

—Un muchacho de la banda Faid no era útil después de haberle hecho hablar usted.

—¿Y a Sonia Vicklund quién la mató?

—Yo no intervine en eso.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Imagino que lo haría Mustafá.

—¿Corine Robinson?

—¿Quién si no? Yo daba las órdenes a todos los componentes de la banda, y yo no transmití la orden de ese crimen. Debió hacerse sin mi intervención.

—¿Tampoco has actuado en el asesinato de Eija Saarinen?

—¿Ha habido otra muerte?

—Hace poco más de una hora.

—Lo ignoraba.

—Bien, Hulaifa. Todo eso vas a decírselo ahora al capitán Nadim.

CAPÍTULO VII

El salón central del Gran Casino de Beyruth resplandecía con la brillante iluminación de que lo habían dotado los organizadores del Concurso para el nombramiento de «Miss Mundo». En un extremo estaba situado el estrado donde se encontraba el Jurado con su presidente Aristarkos, y ante él formando herradura había una pasarela sobre la que convergían los focos para, iluminar desde todos los ángulos posibles las bellas siluetas de las aspirantes al preciado título, ataviadas con trajes de baño. En el resto de la sala se hallaba el público que asistía al certamen, de rigurosa etiqueta, y en primer término los fotógrafos y los periodistas.

Las últimas participantes desfilaban por la pasarela, seguidas por centenares de ojos que calibraban sus méritos. Las muchachas caminaban con airoso porte, flexionando sus músculos con cadencia bien equilibrada y poniendo de relieve la perfección de sus cuerpos y la hermosura de sus semblantes.

Una vez hecha la exhibición, las aspirantes formaron fila ante el público, con sonrisas amables en sus rostros, y aguardaron el fallo del Jurado. Un altavoz pidió:

—¡Atención! ¡Atención! El presidente del Jurado va a emitir el fallo.

Aristarkos se puso en pie en medio del mayor silencio y maquinalmente se ajustó el lazo negro en torno al cuello. Al hacerlo, un brillante centelleó en su anular izquierdo, y su rostro pálido se contrajo.

—El Jurado del Concurso... —empezó a decir. Pero Will Dolan, situado cerca de la pasarela, en una mesita, se incorporó y alzó la voz:

—¡Un momento, señor presidente!

Aristarkos hizo un gesto de sorpresa y un murmullo de asombro creció en torno al delegado americano, que rodeó su mesa y se

acercó al estrado del Jurado.

—¿Qué significa esta interrupción, Dolan? —preguntó el magnate del petróleo, secamente.

—Tengo algo que manifestar antes de que el Jurado nombre a la nueva «Miss Mundo».

El rumor creció hasta ahogar todo otro sonido, y el altavoz tuvo que pedir silencio repetidas veces para que se hiciera el orden.

—No creo que sea éste el momento más apropiado para... —empezó Aristarkos, al tiempo que dos camareros fornidos se aproximaban a Will para hacerle salir del salón, discretamente.

—Lo es, y voy a demostrárselo Antes de seguir adelante con el Concurso, como delegado americano, debo hacer una manifestación pública.

Los dos camareros llegaban hasta Will, que los fulminó con una mirada.

—Lárguense, imbéciles, soy de la policía —dijo bruscamente, en voz sólo audible para ellos.

Los dos individuos se detuvieron sin saber qué actitud adoptar, y el muchacho siguió:

—Según las bases de este Concurso, únicamente pueden tomar parte en él aquellas mujeres que sean solteras y estén comprendidas dentro de una determinada edad. Pues bien, ha llegado hasta mi conocimiento el hecho de que mi representada, Corine Robinson, es casada, lo cual manifiesto ante ustedes para lo tengan en cuenta antes de emitir el fallo.

«Miss Estados Unidos» apretó los puños rabiosamente y su mirada centelleó como un cuchillo.

Una ola de encontrados comentarios hizo imposible el orden durante unos minutos. Corine, aprovechando el tumulto, bajó de la pasarela y trató de ganar la salida, abriéndose paso entre las filas de mesas. Will la siguió con la vista sin inmutarse lo más mínimo, bailándole una sonrisa en los labios.

—Hay algo más, sin embargo —siguió Will cuando pudo hacerse oír—. El esposo de Corine Robinson está aquí presente: se trata de Kurt Werner, el periodista alemán.

No pudo seguir porque éste se precipitó sobre el muchacho, agresivamente, con una maldición.

Will tuvo que dejarse caer de rodillas para esquivar el terrible

derechazo, y en esa posición machacó el estómago de su rival, que se plegó con un gemido.

Dolan se incorporó y ante el estupefacto auditorio se volvió hacia la orquesta que amenizaba el certamen e hizo una seña. Instantáneamente la música brotó teatralmente:

Mustafá, es Mustafá...

Corine, que alcanzaba una de las puertas, se estremeció violentamente y volvió el rostro hacia donde estaba Will. Eso la hizo tropezar con el primero de los policías que entraban en el gran salón.

—¡Quieto todo el mundo! ¡Es una orden de la policía! —gritó el capitán Nadim, sujetando de los hombros a Corine.

La orquesta cesó de tocar, y un silencio obsesivo se hizo en el salón.

Will se dirigió al estrado del Jurado y se situó ante el micrófono.

—No les molestaremos demasiado, señores —dijo—. Todas las puertas de este salón están tomadas por la policía, al mando del capitán Nadim. Un servidor de ustedes pertenece a la Interpol y acabamos de realizar un importante servicio para desarticular una siniestra organización de tráfico de drogas y trata de blancas. Entre ustedes se encuentran los directivos de la banda: uno es Corine Robinson, y el otro su marido Kurt Werner. Cuando algún día alguno de ustedes oiga pronunciar con horror en cualquier cafetín de puerto el nombre de Mustafá, como responsable de miserias sin cuento, deben saber que se refiere a esta pareja de delincuentes profesionales.

Werner profirió una palabrota y sacó una pistola.

Una mujer chilló. Era Inge, rubia y esbelta como una diosa de los fieros vikingos.

Will se arrojó al suelo, y la bala pasó por encima de su cabeza. Un griterío ensordecedor se hizo en el salón, y las mujeres corrieron en todas direcciones alocadamente. Werner, sin embargo, no consiguió disparar de nuevo. Tres policías le habían localizado y caían sobre él, reduciéndole a la impotencia.

Dolan se aproximó al detenido, cuyas manos estaban ceñidas por grilletes de acero, lo mismo que Corine, situada junto a él.

—Todo ha sido demasiado rápido para vuestra mentalidad —dijo Will, pasando una mirada llena de dureza de uno a otro—. El

crimen siempre se paga, y tanto los cadáveres de Sonia como de Eija llevaban la firma de un hombre de su calaña, Werner; un hombre cruel y sin escrúpulos Soma murió porque no había sabido cumplir, y Eija porque había averiguado algo por mediación de Hagen o de la misma Sonia. Eija me dejó un mensaje para mí, y ustedes tuvieron noticia de él por el camarero del bar, imagino. También él se encuentra a buen recaudo —afirmó.

El capitán Nadim llegaba junto al grupo.

—¿Son éstos, Dolan?

—Sí, Mustafá es Kurt Werner, que siempre ha trabajado en la sombra Corine le servía de único enlace con Hulaifa, y a su vez éste manejaba a la banda. No dejaban de tener precauciones, pero de nada les ha servido.

—¿Werner mató a las chicas?

—¿No ve su rostro de asesino? Además, las navajas de resorte que utilizó estaban hondamente clavadas cosa que sólo puede hacer un hombre. A Sonia la mataría en cualquier rincón y luego la dejó en mi cama, tanto para complicarme con la policía local, como para asustarme Entonces todavía no sabía que yo soy de la Interpol. A Eija la asesinó con la colaboración de Corine. Ésta llamó a la puerta y entró en la habitación de «Miss Finlandia» dejando la puerta abierta. Se las ingenió para que Eija Saarinen volviera la espalda a la entrada, y Werner hizo el resto Pero todo eso se lo dirá él en persona, imagino. Incluso el paradero de Tania Stenersen, la hermana de Inge.

Poco a poco, el orden se establecía en el salón, y los espectadores que habían acudido al certamen en busca de emociones, empezaban a alegrarse de haber acudido: ningún otro espectáculo podía haberles proporcionado tanta emoción.

Los policías sacaban de allí a la pareja, y Will se volvió hacia Aristarkos, que ya se acercaba, como presidente, para resolver lo que hiciera falta.

—Pueden continuar con el Concurso —autorizó Will—. Tuve que rodear esta escena de cierto dramatismo a fin de hacer que esa pareja se traicionase. Usted lo comprende, ¿verdad?

No aguardó la respuesta. Seguía repugnándole aquel individuo y aquella clase de certámenes en los que se exponía con tan escaso recato lo más noble de la mujer: su inocencia.

Cuando se encontró en la calle, respiró hondamente el aire nocturno y le pareció que se descargaba de un peso invisible...

CONCLUSIÓN

Rugían los motores del avión que iba a llevar a París a las participantes en el Concurso para la elección de «Miss Mundo». En la escalerilla del aparato se apiñaban las muchachas, sonrientes, enviando saludos a los fotógrafos y periodistas que se afanaban sobre la pista para captar las últimas impresiones. Mara Soares ostentaba la banda de «Miss Mundo», con radiante sonrisa. Un fresco vientecillo matinal agitaba las cabelleras de las hermosas mujeres que llevaban en su corazón el recuerdo de unos días plenos de agitados sucesos.

Will se abrió paso a codazos por entre la muralla de personas que habían ido a despedir a las remas de la belleza de los distintos países participantes, y cuando se situó al pie de la escalerilla fijó sus ojos en la muchacha a la que le temblaban los labios huérfanos de carmín.

—Inge Stenersen, te prohíbo que salgas de El Líbano en este avión.

Al reconocerle, los fotógrafos se dispusieron a captar aquella escena que daría la vuelta al mundo.

—¿Por qué?

—Tengo algo que decirte.

—Un poco tarde, ¿no crees? He tenido que esperar demasiado.

Dolan hizo un gesto impaciente.

—¿Olvidas que soy una autoridad? Puedo impedir la salida de este avión y lo haré si no descienes inmediatamente.

La muchacha se abrió paso por entre sus compañeras, y cuando llegó a la altura de Will éste la tomó de la cintura, posesivamente.

—Sé de un lugar donde podrán casarnos inmediatamente.

—¿Y qué me importa eso? —dijo ella—. Una vez muerta Tania...

No le permitió seguir hablando. Sus labios se cerraron sobre los

de ella, sin importarle que los fotógrafos inmortalizaran el beso ni los periodistas tomaran al pie de la letra la conversación.

Cuando la soltó, Inge Stenersen era otra vez la adolescente de dieciocho años, cuya edad no correspondía a su cuerpo prodigioso. Sus bellos ojos destilaban amor, y sus labios temblaban.

Parecía sin fuerzas al decir:

—Haré lo que tú quieras, querido...

Will tuvo que abrirse paso casi a viva fuerza.

FIN

Jamás pudo pensar Jerry Logan, especialista en investigaciones y en mujeres bonitas, que pudiera seguirle aquella sugestiva y maravillosa dama, sin más interés que el mezclarle en la tupida y peligrosa tela de araña, que había de costar la vida a tres hombres...



Este es el arranque de la excepcional trama de

LOS OJOS DE LA SERPIENTE

título dado a este soberbio relato por su autor, el internacionalmente célebre:

CHARLES MITCHELL

¡Entre los tres asesinados estaba su mejor amigo, y Logan juró vengarle, enfrentándose a la siniestra serpiente que esperaba la ocasión para enroscarse en los cuellos de sus víctimas!

LOS OJOS DE LA SERPIENTE

¡La historia de la titánica lucha de un hombre solo contra el más repugnante de los delitos: el chantaje!

COLECCION SERVICIO SECRETO

publicará esta novela de intriga sin precedentes, dentro de siete días

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

736 — Amparo Lara
ESCALA EN BARAJAS

COLEC "MADREPERLA"

632 — María del Carmen Rey
TODO ES POSIBLE

COLECCION "ROSAURA"

576 — Celia Bravo
NECESITO TU AMOR

COLECCION "AMAPOLA"

463 — María Adela Durango
BODA CONTRA RELOJ

COLECCION "ALONDRA"

397 — María Dolores Acevedo
SERPIENTES EN EL
PARAISO

COLECCION "CAMELIA"

538 — María Morgan
CONTRATO POR UN AÑO

COLECCION "CORAL"

29 — Corín Tellado
DESPUES DE AQUELLA
NOCHE

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

677 — Alf Regalado
IMPETU SALVAJE

Col. "SERVICIO SECRETO"

541 — Mikky Roberts
BELLEZA PARA MORIR

COLECCION "BUTALO"

374 — Fidel Prado
UNA MISION ESPINOSA

COLECCION "TEXAS"

342 — O. C. Tavin
BUITRES EN ACCION

COLECCION "CALIFORNIA"

221 — M. Lafuente Estefanía
¡VAYA MANOS!

COLECCION "COLORADO"

166 — Keith Luger
LA PASION DE LOS
FUERTES

COLECCION "KANSAS"

122 — M. Lafuente Estefanía
EL SECRETO DE BEN
DESMOND

Col. "HEROES DEL OESTE"

114 — M. Lafuente Estefanía
VENGANZA DE MINEROS

COL. "ASES DEL OESTE"

24 — R. C. Lindsman
RASTRO DE SANGRE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2-Barcelona-Hipólito Irigoyen, 646-Buenos Aires

¡Ay, nene, qué risa me da!



¡Y es que es bueno de "verdá"! EA

ALMANAQUE PARA 1961 DE

TIO VIVO

¡ESTÁ A LA VENTA!

SOLO CUESTA 5 PTAS.

¡"Ezo zi que es güeno"! ¡Láztima que
no zepa leer!



¡Pero usted, si, sabe leer!

ALMANAQUE PARA 1961 DE

EL CAMPEON

¡ESTA A LA VENTA! SOLO CUESTA 5 PTAS.

**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 PTAS.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera,
S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUE-
NOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda.
Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda.
Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - So-
meruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Im-
perio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49
CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717.
GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des An-
gles International, 408 East, 11St. - New York,
23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número
5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uru-
guay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones
29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA
ASUNCION.

PERU: Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450.
LIMA.

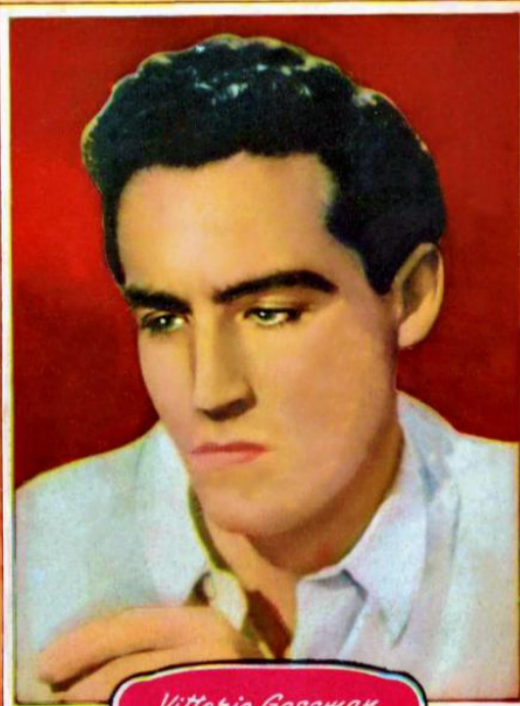
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Forta-
leza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle
Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. -
Ferreñquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Vittorio Gassman

N.º 1219

En Italia conocen a este apuesto actor bajo el apodo de "El villano n.º 1", por su especialidad en estos papeles. Muy famoso en las tablas donde se ha especializado en las obras de Shakespeare. Una de sus mejores interpretaciones es "Rufutú".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 pts. • Impreso en España - Printed in Spain

